

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA

AÑO XLI
NUMEROS
639 - 640 - 641 - 642
BARCELONA
JUNIO - JULIO
AGOSTO - SEPTIEMBRE
1984



SUMARIO

HACE CUARENTA AÑOS

M.A.L.S.

EL P. ENRIQUE REMIERE PROFETA
EN EL MUNDO CONTEMPORANEO
José M. Petit Sullá

EL VATICANO II REAFIRMA LA
DEVOCION AL CORAZON DE JESUS
Gregorio Peña

EL MISTERIO DEL CORAZON
DIVINO DE JESUS
Juan Pablo II

FUNDAMENTOS DE LA TEOLOGIA
DEL SAGRADO CORAZON (I)
Philippe Jobert, R.P.

LA CONSAGRACION DE LAS FAMILIAS
J. M. Igartua, S.J.

SANTA TERESA DE LISIEUX Y LA
DEVOCION AL SAGRADO CORAZON
EN NUESTRO TIEMPO
José Fz. de Retana, S.I.

SANTA TERESA DE NIÑO JESUS Y EL
MISTERIO DEL CORAZON DE CRISTO
Jesús Solano, S.J.

SANTA TERESA DEL NIÑO JESUS
Y EL APOSTOLADO DE LA ORACION
Miguel Nicolau, S.J.

EL LIBRO «A LITTLE WAY TO GOD»
Gerardo Manresa Presas

EL P. FELIX DE LA VIRGEN
Ignacio M. Azcoaga

ADMINISTRACION:

Lauria, 19, 2.º, 1.ª - 08010 Barcelona
Teléfono 317 47 33

DIRECTOR:

Fernando Serrano Misas

HACE CUARENTA AÑOS

El día uno de abril de 1944 se publicó el número 1 de la revista CRISTIANDAD. Se había hecho antes un número de prueba —que falta en bastantes colecciones— en el que se explica el *Por qué* de esta Revista «que no pretende descubrir una doctrina nueva ni sentar cátedra alguna, sino simplemente proponer y divulgar las enseñanzas de la Iglesia, de sus Romanos Pontífices, de sus Doctores, manantial inagotable de eterna salud».

CRISTIANDAD —decía— no tomará carácter piadoso propiamente dicho, ni menos político, será en cambio una revista *social* en su sentido más amplio porque se interesará *por todos los problemas de la sociedad civil* aunque desde el punto de vista cristiano, y también *tocará los puntos religiosos aunque desde el punto de vista social*.

El editorial del número 1, coincide con el quinto aniversario del día que «se cerró nuestra guerra anterior, con la legítima alegría de ver nuestros templos y hogares recobrados y conservados» y también «por haber apartado de nuestras sienas la pistola y de nuestros oídos la blasfemia».

Esta alegría sin embargo «no nos hacía cerrar los ojos ante la «inconsciencia y el pesimismo que provocaban los males actuales» por lo que al contrario del tópico muy corriente de las nuevas revistas de que «vienen a llenar un vacío», CRISTIANDAD «venía a crearlo, venía a despertar de nuevo el interés de los católicos por todas las cuestiones fundamentales que, poco a poco, se habían ido apartando de sus preocupaciones y especialmente por los problemas que afectan directa o indirectamente a la existencia de la misma sociedad, y, sin disimular el peligro, sin cerrar los ojos ante él, fomentar la esperanza y levantar los corazones proyectando el momento presente en la esfera superior del plan de Dios, teniendo como elemento básico y esencial la Teología de la Historia».

Ya en este primer número con el título de «Prehistoria de Cristianidad» se explica que si bien apareció en este primero de abril de 1944, la gestación de la misma empezó en 1924 con un grupo de jóvenes procedentes de las Congregaciones Marianas bajo la guía de un Director y sabio Maestro, con muchos libros y con muchos apuros para adquirirlos y conservarlos durante los años de la guerra, pero ya en 1932 este grupo semiclandestino, todavía con pocos miembros fundó una asociación «con el nombre humilde y sencillo de SCHOLA» que más tarde se completó llamándose ya como se llama actualmente SCHOLA CORDIS IESU.

Al cabo de muy poco tiempo de fundada SCHOLA tuvo la aprobación del General de la Compañía de Jesús, y el Pastor de nuestra diócesis, el Obispo mártir Doctor Irurita enterado de los planes que su Director tenía no sólo sobre la revista sino sobre la finalidad social y espiritual del grupo que conoció a fondo y juzgó «irreformable» dijo sin titubeos a los socios *«Cuanto les mande y recomiende su Director háganlo, es el Obispo de Barcelona quien lo manda y recomienda»*.

CRISTIANDAD como puede verse por la colección de los números ya publicados durante estos 40 años ha seguido fielmente las directrices que se propuso. Aunque muchos de sus fundadores ya faltan, las han continuado una rica profusión de jóvenes que a veces en grupo y a veces de uno a uno han ido tomando el relevo y con sus hijos —numerosos— que forman la tercera generación de SCHOLA y constituyen una magnífica floración que producirá indudablemente óptimos frutos.

Todos como en el principio están convencidos de que «la sociedad es algo más que una especie de buque-transporte para que según los individuos vayan cayendo a la derecha o a la izquierda, se salven o se condenen» y firmes en la idea de la intervención de la Providencia en la marcha del mundo continúan estudiando y enseñando en cursos y conferencias la Teología de la Historia para proyectar en la sociedad el mismo ideal con que se inició la revista hace 40 años.

Y tampoco ahora como entonces cierra los ojos ante «la inconsistencia y el pesimismo de la situación actual», mucho peor que entonces porque además sufrimos la tergiversación del Concilio Vaticano II, respiramos la atmósfera inficionada por el «humo del Satanás», tenemos el mito de la Teología de la liberación, nos inunda el caos de ideas producido por el lavado de cerebro que ejercen los medios de comunicación que con la más completa impunidad, atacan, burlan y ridiculizan hasta lo más sagrado, y en cuanto a la moral, olvidando el principio axiomático de que la inmoralidad es el principio de la decadencia tanto en las naciones como en los individuos, muchos dibujantes, literatos y locutores, parecen buscar su inspiración en el humus de un estercolero. Si a esto se añade el auge del terrorismo en todos sus aspectos y la posibilidad de una guerra atómica con sus desastrosas consecuencias, el panorama no puede ser más desolador. Sin embargo tampoco ahora «cerramos los ojos ante la inconsistencia y el pesimismo, la falta de reacción de tantos que, aunque lastimados en sus sentimientos se acobardan ante la magnitud y la fuerza del ataque, porque CRISTIANDAD no falla en su ánimo ni en su esperanza. Confía en las palabras de Jesús que anunció estas calamidades de los últimos tiempos cuando los hombres «no puedan sufrir la verdad» y aquí y allá vean Mesías y paraísos: «Cuando sucedan estas cosas LEVANTAD LA CABEZA PORQUE LA SALVACION ESTA CERCA».

Y la salvación está en el Reino de Dios porque «lo demás se nos dará por añadidura», porque el REINO DE DIOS es el único reino en que DE VERDAD está la justicia, el amor y la paz.

M. A. L. S.

El P. Enrique Ramière profeta de la Iglesia en el mundo contemporáneo

JOSÉ M.^a PETIT SULLA

El gran organizador del Apostolado de la oración, el jesuita Enrique Ramière, fue también, en una actividad muy conexas con la anterior, un gran debelador de las doctrinas liberales que inficionaron a Francia, al igual que a todas las naciones cristianas durante el siglo XIX. El gran error del liberalismo era esencialmente teológico: La negación de la Soberanía de Jesucristo. Desde esta negación, auténtica apostasía de las naciones, y como consecuencia de ella, se venía abajo el mismo orden social, en todas sus dimensiones: política, económica, cultural. En la sociedad civil, como consecuencia de la «soberanía popular» se hacían igualmente imposibles la paz, el orden, la libertad y el progreso.

Desde un punto de vista sobrenatural y no por ello menos anclado en un riguroso análisis de la realidad concreta de su tiempo, el P. Ramière demostraba en *La Soberanía social de Jesucristo* y poco después en *La Bancarrota del Liberalismo* la imposibilidad de rehacer la sociedad desde cualquier perspectiva que no fuese la restauración de los derechos del Hombre-Dios sobre la sociedad, radicalmente negados por el liberalismo que hacía de la autoafirmación del hombre como origen del poder y del derecho el primer principio de actuación en cualquier orden, fuese político fuese religioso. El método del P. Ramière en estas obras se apoya en un triple plano. La razón natural viene a probar la imposibilidad de que el hombre se dé a sí mismo la norma de su conducta

y la fuente de la autoridad. Los hechos históricos de Francia prueban que, desde la Revolución francesa se ha sucedido en este país un régimen de inestabilidad y de terror, de libertinaje y de despotismo. La Iglesia católica, desde Gregorio XVI y, sobre todo, con Pío IX, no ha dejado de señalar el «error pestilente» del liberalismo al pretender divorciar la razón de la fe, la sociedad civil del principio que es su origen y su meta: Jesucristo. En este triple plano argumenta de continuo el insigne escritor. Su obra más conocida, *La Soberanía social de Jesucristo*, traducida con este título castellano el libro original francés que se titulaba «Las doctrinas romanas sobre el liberalismo consideradas en sus relaciones con el dogma cristiano y con las necesidades de las sociedades modernas», es decir, tanto desde la cátedra de Pedro como desde un análisis de lo que es la sociedad moderna, el liberalismo ha de ser rechazado no sólo por los católicos sino por todo hombre que analice la realidad social y el punto neurálgico de sus males. Ninguna nación, decía Ramière, ha pretendido nunca fundarse fuera de la primacía de la religión, ni siquiera en el paganismo.

El P. Ramière había leído a los contrarrevolucionarios franceses, con los que se sentía identificado en el análisis de la realidad política pero, además, y muy influido por nuestro Donoso Cortés, establece el principio teológico de que no nos ha sido dado sobre la Tierra otro salvador que Jesucristo. Jesucristo es no sólo la verdad indivi-

dual y la salvación de cada hombre sino el fundamento de la sociedad y el origen de todo poder. A Jesucristo le ha entregado el Padre todos los reinos de la Tierra para que los rija con justicia. En virtud de este principio la obra del P. Ramière, bendecida y aprobada nada menos que directamente por el propio Pontífice entonces reinante Pío IX, se dirigía a combatir en un doble frente. En primer lugar, al que llama liberalismo radical o total, el liberalismo absoluto que partiendo del principio de la negación de Jesucristo llega hasta sus últimas consecuencias. Además, y esto es fundamental en sus escritos y en su mente, hay que combatir el liberalismo católico, el que pretende conciliar, decía Ramière, dos cosas esencialmente contradictorias, el liberalismo y la religión católica. Si el representante teórico de lo primero es Rousseau, con su *Contrato Social*, los representantes de lo segundo pueden ser, en Francia, el periódico *L'Avenir*, sobre todo, y en particular el conde de Montalembert, con su famoso discurso al Congreso de Malinas.

El P. Ramière va al fondo de la cuestión y sus palabras suenan hoy con la misma fuerza que entonces. «El radicalismo es el liberalismo sincero y lógico», que proclama todos sus principios y no retrocede ante ninguna de sus consecuencias». Este radicalismo es el socialismo, término ya empleado alguna vez por el P. Ramière. Es el radicalismo de Robespierre y la guillotina, es el radicalismo del Imperio Napoleónico que llenó de sangre toda Europa. Es el radicalismo de la demagogia y del pillaje. Pero hay otro liberalismo «moderado» y, próximo a él, y confundido con él, hay incluso un liberalismo que pretende ser católico. Sin este segundo frente, al que el P. Ramière da la mayor importancia y es su interlocutor más directo, el liberalismo hace tiempo que habría sido abandonado porque la sociedad ha llegado al límite de sus posibilidades. La Revolución no era querida por nadie en la Francia de 1870. Sus consecuencias habían sido demasiado nefastas para todos. Pero el problema era el liberalismo «moderado», el orden y el liberalismo «católico» que expresaba su deseo de dar libertad al Estado como condición de que él diera libertad a la Iglesia. Un estado indiferente frente a la Religión, pero respetuoso con ella. Un Estado que tendría por principio la «soberanía popular» y que en ella tendría cabida la presencia de los dogmas católicos. Todos, salvo uno, claro está, el que Cristo es el Hombre-Dios en quien se consuma toda la creación. Con cuanta razón podía escribir el P. Ramière «El

liberalismo llega harto tarde para oscurecer el dogma de la autoridad real de Jesucristo sobre la familia humana; puesto que entre todos los títulos del Hombre-Dios no hay quizá otro que le sea dado más solemnemente por las profecías antiguas, y que más alta y repetidamente sea proclamado en las Santas Escrituras. El fue anunciado a la humanidad muchos siglos antes de su venida como el Rey de las gentes y el Deseado de los pueblos (Jerem. X). Las enteras naciones, y no algunos individuos tomados aisladamente, son invitados en las Sagradas Letras a ponerse bajo sus leyes y recibir la paz que les trae (Salmo LXXI, 2; Isaías II, 2 y ss.). Dios da a su Hijo las naciones en herencia y le encarga las goberne con cetro de hierro (Salmo II, 8)».

De este liberalismo católico, moderado y aún presentándose como «la única posibilidad en el mundo contemporáneo. El P. Ramière recordaba las palabras del Papa Pío IX: «Aquellos que sostienen estas doctrinas que se llaman católico-liberales son más peligrosos y funestos que los enemigos declarados». Pío IX veía muy claro el mal que hacía a la Iglesia este liberalismo «conciliador». Lejos de presentar un frente único frente a un error que avanza por toda Europa y penetra en todos los estamentos, el liberalismo católico divide y presta al liberalismo radical el más grande favor: «(el liberalismo católico) engaña a las personas honradas, que sin esto se opondrían firmemente al error manifiesto. Así es que dividen los ánimos, rompen la unidad y debilitan las fuerzas».

La peor de todas las revoluciones, decía el P. Ramière es «la revolución legal» que se hace en el parlamentarismo, el cual manteniendo íntegro el principio de que el derecho y el poder residen en la voluntad popular pretende, a partir de este principio, mantener la sociedad dentro de los límites de la moderación y del respeto a las creencias y prácticas religiosas. Los acontecimientos de Francia, donde una restauración verdadera había sido imposibilitada por la acción de los liberales moderados, le hacían sentenciar al P. Ramière: «Si la Revolución no ha sido completamente desarmada, no hay que culpar por ello a los revolucionarios, sino a los conservadores». Más en concreto decía todavía: «¿Qué falta, pues, para que, entre la Francia tan duramente trabajaba y un príncipe tan apto para hacerla feliz, no se concluya por último una alianza que sería para la Europa la aurora de la salvación? Todos los obstáculos que dificultaban su unión han sido provi-

dencialmente removidos. Había dos monarquías y ahora no hay más que una; y delante de ésta, a la que debe la Francia catorce siglos de prosperidad, no ve abrirse sino dos caminos: el Imperio que la ha conducido a Waterloo y a Sedan y la República, que le ha dado los degüellos del 93 y las jornadas de junio. Por consiguiente, a un lado está la vida, a otro lado un doble género de muerte. ¿Es posible vacilar? Y cuando no es menester sino alargar la mano para poseer la vida ¿qué genio maléfico nos aleja aún de ella y nos obliga a precipitarnos en brazos de la muerte? ¿Es la demagogia? ¿es la impiedad? ¿es el liberalismo volteriano? No, no; sino que el autor inmediato de nuestra ruina, sobre el que la historia hará caer la principal responsabilidad, es el liberalismo católico».

Los católico-liberales estaban escandalizados con la clara negación que habían hecho los Papas del liberalismo, diciendo que estos Papas eran «buenas personas» pero que no eran capaces de conocer al mundo moderno y sus intenciones. El *Syllabus* de Pío IX había escandalizado del todo a los tales católicos. No querían entender la posición central del error liberal, la negación de la Soberanía de Jesucristo, después del cual ya nada podría contener el imperio despótico del Estado sobre la Iglesia y aún sobre la misma sociedad. La *Declaración de los derechos del hombre* formulaba que «La soberanía se deriva solamente del hombre» (art. 3). Por esta razón decía el P. Ramière: «Lógicamente no hay medio entre estas dos doctrinas: si el cristianismo es verdadero, el liberalismo es falso en todas sus variadas fórmulas».

Lo que se negaban a reconocer los católico-liberales lo reconocía en cambio el pensamiento más liberal inglés, tópicamente antiromano. En un artículo de la revista *Pall Mall Gazette*, después de burlarse de la definición de la Inmaculada Con-

cepción y de la infalibilidad pontificia que el Concilio acababa de proclamar, escribe el articulista, dándole en el fondo la razón a la última proposición del *Syllabus*: «Es imposible conciliar un sistema cualquiera de teología cristiana con lo que nosotros llamamos civilización y progreso. Ningún hombre que comprenda algo de estas cosas intentará probar semejante conciliación. Pero entre todos los expedientes inventados para alcanzar esta imposibilidad, quizás no haya otro más absurdo que el que han imaginado los católicos liberales».

Que un protestante inglés sobradamente liberal encontrase absurda la pretensión de conciliar al liberalismo con la religión católica puede extrañarnos. No faltaban en Inglaterra protestantes liberales. Pero lo que le hacía calificar de «absurdo» el sistema católico-liberal era la profesión seguramente sincera de acatamiento a la doctrina católica por parte de los liberales. La cuestión de «los dos poderes» había sido calificado por el Papa Bonifacio VIII con estas solemnes palabras de la Bula *Unam Sanctam*: «La autoridad temporal ha de estar sometida al poder espiritual». Los poderes humanos han sido creados por Dios para bien de los hombres, como enseñaba San Pablo. Por ello mismo han de estar sometidos a su creador independientemente de la forma de gobierno. En tiempos de Bonifacio VIII había una monarquía absoluta, en tiempos de Pío IX había un régimen parlamentario, pero la cuestión esencial del poder humano queda intacta. No se trata de una cuestión opinable sino de una cuestión de fe divina y católica. Por eso decía la misma Bula: «afirmamos, definimos y pronunciamos que es necesario para la salvación (*omnino esse de necessitate salutis*) que toda humana criatura está sujeta al Romano Pontífice».



EL VATICANO II REAFIRMA LA DEVOCION AL CORAZON DE JESUS

GREGORIO PEÑA

En muchas ocasiones se ha invocado la renovación demandada por el Concilio Vaticano II como fuente de exigencia para arrinconar la devoción al Sagrado Corazón. Se la designa como una devoción privada, y se la rechaza por sentimentaloides y pasada de moda. La renovación litúrgica del Concilio —se argumenta— exige quitemos importancia a estos actos píos que despistan de lo central en el misterio cristiano. Además, el ecumenismo encuentra un obstáculo más en esta devoción no admitida por «los hermanos que están separados de nosotros».

Su Santidad Pablo VI, acabada la tercera etapa del Concilio, en la cual se promulgó (21 de Noviembre de 1964) la Constitución Dogmática sobre la Iglesia, «Lumen gentium», en la que se señala que de modo semejante a como Pedro y los demás Apóstoles formaban un único Colegio apostólico, el Romano Pontífice y los Obispos están unidos entre sí, estando Pedro a la cabeza; decía que, acabada la tercera etapa del Concilio, y aprovechando la conmemoración del segundo centenario de la aprobación del Decreto de la Sagrada Congregación de Ritos para celebrar la fiesta litúrgica en honor de Corazón de Jesús, con Misa y Oficio propios —«feliz fecha» (I.D. 4)—, dio en Roma, el 6 de febrero de 1965, la Carta Apostólica «Investigabiles divitas» (que citaremos abreviada: I.D.) muestra su deseo para que «se recuerde dignamente esta fiesta, haciendo sobre ella luz» (I.D. 5).

Los testimonios de adhesión y gratitud que el Pontífice recibiera de los superiores de Institutos religiosos con la advocación del Sagrado Corazón, le llevaron a promulgar (25 de mayo de 1965) una nueva Carta Apostólica: «Diserti interpretes» (que citaremos abreviada: D.I.), en la cual, dirigiéndose especialmente a estas Congregaciones del Sagrado Corazón, aplicaba la doctrina al espíritu de estos Institutos, no sólo acentuando la conformidad de esta devoción con la renovación conciliar, sino exigiendo a los religiosos fuesen fieles a la vocación de su Instituto.

A través del comentario a estas dos cartas procuraré mostrar cómo la renovación pedida por el Concilio, es la renovación del corazón de cada hombre, al descubrir el Corazón ardiente del Verbo.

«Como todos saben, la meta principal del Concilio es la restauración de la disciplina pública y privada en todos los campos y ámbitos de la vida cristiana, de modo que resplandezca con nueva luz el misterio de la Santa Iglesia» (D.I.).

Estas palabras del Papa chocan frontalmente con la pretendida pública opinión de lo que es el Concilio Vaticano II. Que el Concilio pretende restaurar la disciplina —tanto pública como privada—, evidencia que es preciso un espabilamiento que nos haga renovar la fe, la esperanza y la caridad. Esta restauración de la disciplina es el «agornamiento»; que no consiste en una modernización, ni en la mundanización de la Iglesia. «Las exigencias de nuestro tiempo» (D.I.) no son exigencias de mundanización (junto al demonio y la carne, el mundo es enemigo del alma), sino exigencia de tomar más en serio que nunca la llamada radical a la santidad, pues vivimos en unos tiempos especiales según repiten continuamente los últimos Papas.

El fin de la restauración de la disciplina es que resplandezca con nueva luz el misterio de la Santa Iglesia. ¿Cuál es ese misterio?

«La Iglesia o reino de Cristo, presente ya como misterio, se desarrolla ya visiblemente en el mundo por la fuerza divina. Este nacimiento y desarrollo se significaba por medio de aquella sangre y agua que salieron del costado abierto de Jesús crucificado (Lumen Gentium I, 3). El misterio está en el nacimiento y desarrollo de la Iglesia, y este misterio se significa mediante el costado abierto de Jesús crucificado. «Porque en realidad de aquel Corazón herido del Redentor nació la Iglesia y de él se alimenta» (D.I.).

La Iglesia nace y se alimenta del Amor de Cristo, significado por su corazón. La Iglesia es un misterio de Amor. Su renovación sólo puede efec-

tuarse redescubriendo su misterio: el Amor Divino; porque, en efecto, «el ardor pastoral y misionero se inflama principalmente en los sacerdotes y en los fieles, para trabajar por la gloria divina, cuando mirando el ejemplo de aquella divina caridad que nos mostró Cristo, consagran todo su esfuerzo a comunicar a todos los inagotables tesoros de Cristo» (D.I.).

Como Pablo VI dice en el punto 1 de la Carta Apostólica «Investigables divitias»; «Gracias a los progresos del culto al Sagrado Corazón han brillado con luz clarísima en estos últimos tiempos las insondables riquezas de Cristo que brotaron del costado abierto del Divino Redentor, en el momento en que, muriendo en la Cruz, reconcilió el género humano con el Padre Celestial».

El misterio de redención mediante el Sacrificio de la Cruz, sólo deja de ser «escándalo» y «locura», contemplando como misterio de Amor. El ardiente Amor del Padre Eterno hacia el género humano, «por una disposición libérrima y arcana de su sabiduría y bondad, creó todo el universo, decretó elevar a los hombres a participar de la vida divina, y como ellos hubieron pecado en Adán no los abandonó, antes bien, les dispensó siempre los auxilios para la salvación, en atención a Cristo Redentor «que es la imagen de Dios invisible, primogénito de toda criatura» (Lumen Gentium I,2).

«El misterio de la Santa Iglesia —dice Pablo VI en la «Diseri interpretes»— no puede dignamente entenderse, si no consideramos atentamente el amor eterno del Verbo Encarnado, cuyo expresivo símbolo es su mismo Corazón traspasado». El sometimiento manso, humilde y confiado a los Pastores es un atropello de la dignidad individual, si somos ajenos al espíritu de caridad que congrega a los fieles.

En el punto 5 de la «Investigables divitias», Su Santidad pide «que los fieles todos, renovando el espíritu de esta devoción, procuren el debido honor al Sagrado Corazón, reparen con fervorosos obsequios todos los pecados y acomoden su vida a las normas de una genuina caridad, que es la plenitud de la Ley». Nos anima el Papa pues, a calar más hondo en la devoción al Corazón de Jesús, a descubrir que la Ley tiene como norma de plenitud la claridad, el amor del cual mana connaturalmente el no ofender a Dios, el rendirle honor y la reparación de las ofensas cometidas.

Es fundamental apreciar que esta renovación en la devoción se pide a «los fieles todos»; no es esta una devoción particular. Tampoco es una devoción trasnochada: «nos sirve de extraordinario gozo contemplar los grupos generosos y humildes de vuestros hijos, que fieles a su instituto, dan preclaro testimonio con su vida a los hombres de nuestro tiempo, de cómo deban también ellos practicar esta excelente devoción, de la que saquen como de su fuente el esfuerzo necesario para conformar sus vidas al Evangelio, reformar valientemente sus costumbres y ajustarlas cada vez mejor a las normas de la ley divina» (D.I.). El Sagrado Corazón es la fuente para la renovación que el Concilio pide.

Por otra parte, la devoción al Sagrado Corazón no es una devoción que se desvie un ápice de la renovación litúrgica que propone el Concilio: El Sacrificio Eucarístico es la celebración del misterio de nuestra fe; en su derredor ha de girar cualquier otro acto de piedad. Como la devoción al Sagrado Corazón es el homenaje al Amor de Cristo, y «ya que el principal don de su amor fue la Eucaristía, porque en el Sacrificio Eucarístico se inmola y es recibido el que está siempre vivo para interceder por nosotros, Aquel cuyo Corazón fue abierto por la lanza del soldado, derramando así sobre todo el género humano el flujo de su sangre mezclada con agua» (I.D. 7), vemos claro cómo el culto al Santísimo Sacramento es el núcleo de la devoción al Sagrado Corazón.

Por si fuera poco lo anterior para acallar a los que denostan el culto al Corazón de Jesús, leemos en el punto 8 de la «Investigables divitias»: «Esta piedad exige nuestro tiempo, conforma a las normas insistentes del Concilio Vaticano II, para con Cristo Jesús, Rey y centro de todos los corazones, que es cabeza del cuerpo místico de la Iglesia, el Principio, el Primogénito de todos; así El tendrá siempre la primacía en todo».

Respecto aquéllos que argumentan en la devoción al Sagrado Corazón un obstáculo «para la unión plena con la Sede de Pedro de todos aquellos hermanos que están separados de nosotros» (D.I.), explica Su Santidad que «el ardor pastoral y misional se inflama principalmente (...) cuando mirando el ejemplo de aquella divina caridad que nos mostró Cristo, consagran todo su esfuerzo a comunicar a todos los inagotables tesoros de Cristo» (D.I.).

Homilia durante la Misa celebrada en el policlínico Gemelli de Roma, en la solemnidad del Sagrado Corazón, el 28 de Junio de 1984

EL MISTERIO DEL CORAZON DIVINO DE JESUS

JUAN PABLO II

1. «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón» (Mt, 11, 29).

Es Cristo quien habla. Con los ojos de la fe nosotros lo contemplamos en su humanidad concreta, gracias a la cual es semejante a nosotros en todo, menos en el pecado. Semejante en todo y, por consiguiente, semejante también en el hecho de tener *un corazón que le palpita en el pecho*, activando en sus venas el flujo vital de la circulación sanguínea. A este corazón precisamente alude El mientras nos habla a nosotros, reunidos aquí en torno al altar: «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón».

Hoy, solemnidad litúrgica del Sagrado Corazón, en esta institución universitaria y en este hospital dedicados al Corazón de Jesús, se nos invita a meditar en el *misterio de aquel Corazón* divino, en el que late el amor infinito de Dios por el hombre, por cada uno de los hombres, por cada uno de nosotros. Ese amor, del que ya daba testimonio Moisés ante sus connacionales, recordándoles: «Si el Señor se ha ligado con vosotros y os ha elegido, no es por ser vosotros los más numerosos entre todos los pueblos, pues sois el más pequeño de todos, sino porque *el Señor os ama*» (Dt 7, 7-8). Ese amor en el que el Apóstol Juan vio la síntesis de cualquier discurso sobre Dios, de tal modo que pudo afirmar: «Quien no ama no ha conocido a Dios, porque *Dios es amor*» (1 Jn 4, 8).

¿Cómo no exclamar con el salmista: «El Señor es bueno y grande en el amor»? (Sal. resp.). La liturgia de hoy pone en nuestros labios expresiones apropiadas para manifestar nuestro reconocimiento frente a una generosidad tan imprevisible y maravillosa:

«Bendice alma mía al Señor,/ y todo mi ser a su santo nombre.../ El perdona todas tus culpas/ y cura todas tus enfermedades;/ El rescata tu vida de la fosa/ y te colma de gracia y de ternura» (Sal. resp.).

Las maravillas del amor

2. Meditemos en las «maravillas» del amor de Dios contemplando el *misterio del Corazón de Cristo*. Es conocida la riqueza de resonancias antropológicas que, en el lenguaje bíblico, suscita la palabra «corazón». Con ella no se evocan sólo los sentimientos propios de la esfera afectiva, sino también todos los recuerdos, pensamientos, razonamien-

tos, proyectos que constituyen el mundo más íntimo del hombre. En la cultura bíblica, así como en gran parte de las demás culturas, el corazón es el centro esencial de la personalidad en el que el hombre se pone ante Dios como totalidad de cuerpo y espíritu, como yo que piensa, desea y ama, como centro en el que el recuerdo del pasado se abre a la proyección del futuro.

Es verdad que el corazón humano interesa al anatomista, al fisiólogo, al cardiólogo, al cirujano, etc., y su aportación científica —me complace reconocerlo en una sede como ésta— es de suma importancia para el desarrollo sereno y armonioso del hombre en el transcurso de su existencia terrena. Pero el significado desde cuya perspectiva nos referimos ahora al corazón trasciende las consideraciones parciales para alcanzar el santuario de la autoconciencia personal, en la que se sintetiza, y, por así decirlo, se condensa la esencia concreta del hombre, el centro en el que el individuo decide sobre sí mismo ante los otros, ante el mundo y ante Dios mismo.

Sólo del hombre se puede decir con propiedad que *tiene un corazón*; dicha afirmación no se puede hacer obviamente refiriéndose al espíritu puro, ni tampoco al animal. El «redire ad cor» desde la dispersión que suponen las múltiples experiencias externas es una posibilidad que se reserva únicamente al hombre.

Los sentimientos de Cristo Dios y hombre verdadero

3. Por la fe sabemos que, en un determinado momento de la historia, «El Verbo, se hizo carne y habitó entre nosotros» (*Jn 1, 14*). Desde aquel momento *Dios comenzó a amar con corazón de hombre*. Un corazón verdadero, capaz de palpar con intensidad, con ternura, con pasión. El Corazón de Jesús experimentó verdaderamente sentimientos de alegría ante el esplendor de la naturaleza, el candor de los niños, ante la vista de un joven puro; sentimientos de amistad hacia los apóstoles, Lázaro, sus discípulos; sentimientos de compasión por los enfermos, los pobres, por tantas personas probadas por el luto, la soledad, el pecado; sentimientos de indignación contra los vendedores del templo, los hipócritas, los profanadores de la inocencia; sentimientos de angustia ante la perspectiva del sufrimiento y el misterio de la muerte. No hay sentimiento auténticamente humano que no fuera experimentado por el corazón de Jesús.

Nosotros nos detenemos hoy en actitud de oración adorante ante aquel Corazón, en el que el Verbo eterno quiso hacer experiencia directa de nuestra miseria «no reputando como botín ser igual a Dios, sino anonadándose, tomando la forma de siervo y haciéndose semejante a los hombres» (cf. *Flp 2, 6-7*). De la potencia infinita propia de Dios el Corazón de Cristo no conservó más que la potencia inerte del amor que perdona. Y en la soledad radical de la cruz aceptó ser traspasado por la lanza del centurión, para que de la herida abierta se volcara sobre las fealdades del mundo el torrente inagotable de una misericordia que lava, purifica y renueva.

Las limitaciones del corazón humano

En el corazón de Cristo se dan cita, pues, riqueza divina y pobreza

humana, potencia de la gracia y fragilidad de la naturaleza, llamada de Dios y respuesta del hombre. En El tiene su meta definitiva la historia de la humanidad, porque «el Padre ha entregado al Hijo todo el poder de juzgar» (cf. *Jn* 5, 22). Así pues, al Corazón de Cristo debe referirse, lo quiera o no lo quiera, cualquier corazón humano.

4. ¡Este corazón nuestro! La Biblia no ahorra *expresiones pesimistas para referirse al corazón humano, en el cual se esconde con frecuencia la doblez, como en el caso de los que «hablan de paz con su prójimo, pero llevan la maldad en el corazón» (Sal 28, 3); o se insinúa la infidelidad a la alianza, como se lamenta el salmista refiriéndose al pueblo judío: «su corazón no era constante hacia él, ni eran fieles a su alianza» (Sal 78, 37). ¿Quién no recuerda la amarga constatación: «Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí?» (Is 29, 13). El hombre no debe olvidar, en efecto, que aunque es posible engañar a sus semejantes, no puede engañar a Dios, porque si «el hombre mira las apariencias, Dios mira el corazón» (1 Sam 16, 7).*

Frente a la realidad decepcionante de un corazón «rebelde y contumaz», sólo queda una esperanza: la de una iniciativa divina que renueve el corazón humano y lo vuelva a hacer capaz de amar a Dios y a los hermanos con arrojo sincero y generoso. Es lo que el Señor prometió por boca del profeta Ezequiel: «Yo os purificaré de todas vuestras inmundicias, de todas vuestras idolatrías; os daré un corazón nuevo y pondré en vosotros un espíritu nuevo; os arrancaré ese corazón de piedra y os daré un corazón de carne» (36, 25 s.).

Renovar los corazones

5. La promesa se realizó en Cristo. En el encuentro con El se le ofrece al hombre la posibilidad de *re-hacerse un corazón nuevo, un corazón que no sea ya «de piedra», sino «de carne»*. Sin embargo, para alcanzar este objetivo es necesario que «renazca del agua y del Espíritu», como Jesús dijo una noche «a un hombre llamado Nicodemo» (cf. *Jn* 3, 1 ss.); es necesario, además, que *vaya a la escuela de Jesús* para aprender de El cómo se ama concretamente. Es esto precisamente lo que El pidió; pues dijo en efecto: «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón». Con la palabra y el ejemplo Cristo nos enseñó la mansedumbre y la humildad, como dotes indispensables para amar realmente; nos enseñó que el Hijo del hombre «no ha venido para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos» (*ib.*, v. 45). El amor auténtico *no se sirve* del otro, sino que *sirve* al otro, entregándose por él incluso hasta el sacrificio total de sí y de todo lo suyo.

La verdadera sabiduría

6. Ahora bien, en este anularse por amor está precisamente *el secreto de la verdadera sabiduría*, la que es capaz de entrever algo del misterio de Dios y percibir la sabiduría superior de las normas que brotan de su voluntad tres veces santa. Jesús lo revela, no sin experimentar un estremecimiento de alegría íntima: «Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a la gente sencilla. Sí, Padre, así te ha parecido mejor» (*Mt* 11, 27 s.).

Nosotros volvemos a escuchar estas palabras en un ambiente que, institucionalmente, está destinado a estudios superiores de medicina, y entre personas que han hecho de la investigación científica la razón de ser de su vida. Las vuelven a escuchar los muchos jóvenes aquí reunidos, los cuales han emprendido estudios universitarios movidos por el deseo de hacer suyos los logros de una disciplina que tantos y tan extraordinarios progresos ha hecho en nuestro siglo. ¿Hay acaso en las palabras de Cristo una expresión de desconfianza frente al esfuerzo con que el hombre se lanza hacia el conocimiento cada vez más profundo de sí y del mundo?

Ciertamente no, pues, como Verbo de Dios, Cristo es la sabiduría personificada y, como hombre, el Evangelista lo presenta creciendo «en sabiduría», además de «en edad y en gracia ante Dios y ante los hombres» (cf. *Lc 2, 52*). La Iglesia no ha tenido nunca dudas sobre ello y por esto, en el curso de su historia milenaria, ha promovido continuamente en todas partes centros de estudios, no sólo sagrados, sino también profanos, convencida de que todo progreso en el conocimiento de la verdad constituye objetivamente un homenaje a Dios, Verdad subsistente, «*quan veritate, —por decirlo con Santo Tomás— omnia vera sunt vera*» (*In Ev. Io., I, lec. I, n. 33*).

Por lo demás, ¿no nos hemos reunido esta tarde para recordar en el XXV aniversario de su muerte al fundador de uno de los más prestigiosos de estos centros de estudio? Cuando el p. Agostino Gemelli inició la Universidad Católica del Sagrado Corazón, la veía como «obra destinada al progreso de la vida sobrenatural de los hombres, tanto a través de la educación de los jóvenes, como a través de la investigación y de la defensa de la verdad» (Testamento, Pascua 1954). Y el mismo ideal lo movió, en el último período de su vida, a trabajar por la puesta en marcha de esta facultad de medicina con un policlínico ancjo, que él consideraba como el cornamiento del sueño que había florecido hacía tantos años en su corazón de médico y de sacerdote, deseoso de crear en las salas de los hospitales «una atmósfera en la que el enfermo perciba un lazo de unión entre él y los que lo cuidan».

LA FUERZA INTERIOR QUE LA LLEVABA A VIVIR TAN INTEGRALMENTE LA «LOCURA» DE LA CRUZ HAY QUE BUSCARLA EN LA TIERNA DEVOCION AL CORAZON DE JESUCRISTO. CON SU SENSIBILIDAD AUTENTICAMENTE APOSTOLICA, LA SANTA SE DABA CUENTA DE QUE NADIE PUEDE HACER VERDADERO APOSTOLADO, SI NO LLEVA IMPRESAS EN EL PROPIO CORAZON LAS LLAGAS DE CRISTO, SI NO ACTUA EN EL ESE INEFABLE ENTRELAZAMIENTO DE AMOR Y DE DOLOR QUE ESTA RESUMIDO EN EL CORAZON SACRATISIMO DE JESUS. POR ESTO QUISO QUE EN SU INSTITUTO SE PROFESASE POR REGLA LA DEVOCION AL CORAZON DE JESUS: SE AYUNASE, POR REGLA, LA VISPERA DE LA FIESTA DEL SAGRADO CORAZON; QUE LAS RELIGIOSAS Y ALUMNAS HICIESEN ADORACION, POR TURNO, ANTE EL DIVINO SACRAMENTO, TODOS LOS PRIMEROS VIERNES.

EN 1872 CONSAGRO AL CORAZON DE JESUS TODO EL INSTITUTO.

Juan Pablo II. Homilia durante la Misa de la canonización de la Beata Paula Frassinetti. Roma, domingo 11 de marzo de 1984

Así pues, no es la verdadera ciencia la que cierra al hombre el conocimiento de Dios y de su misterio. La ciencia que se siente esclava y no dueña de la verdad, que no pierde nunca el sentido del misterio, porque sabe que, más allá del horizonte limitado al que puede llegar mediante los propios medios, hay perspectivas sin límites que se pierden en aquel abismo de luz que tiene como nombre Dios, esta ciencia no sólo no cierra, sino que dispone a la revelación de los secretos de Dios.

A esta ciencia son llamados todos aquellos que, como vosotros, ilustres profesores y queridos estudiantes, han hecho de su propio compromiso por el estudio una opción de fe. Formar parte de una Universidad Católica que lleva el nombre del Sagrado Corazón de Jesús, es algo que os honra y, al mismo tiempo, os compromete enormemente. ¿Quién, sino vosotros, deberá ir a la escuela de aquel Corazón divino que, con sus latidos acompaña a la historia del hombre y la historia personal de cada uno de vosotros? En ese corazón «están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia» (Col 2, 3). ¿Qué perspectiva para quien ha hecho de la investigación de la verdad la razón de ser de su vida?

Confianza

7. Pero al Corazón divino de Jesús podéis recurrir también vosotros, queridísimos enfermos, que lucháis con la enfermedad que os ha visitado y necesitáis tanta fuerza moral para no ceder a la tentación del abatimiento y la desconfianza. ¿No ha dicho El: «Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados y yo os aliviaré» (Mt 11, 28)?

Estas palabras, empapadas de tanta dulzura humana, os las repite El hoy también a vosotros, enfermos, que encontráis en ese policlínico asistencia solícita y cuidados oportunos; se las repite a cuantos se entregan a vuestro servicio, como enfermeras y enfermeros, con dedicación diligente; se las repite a vuestros familiares que comparten con vosotros la preocupación por la enfermedad y la esperanza en una pronta curación; nos las repite a todos nosotros: «Venid a mí».

Si estamos «fatigados y agobiados», acojamos la invitación que nos dirige con tan amorosa insistencia: vayamos a El, aprendamos de El, confiémosnos a El. Experimentaremos la verdad de la promesa: encontraremos aquel «alivio del alma» que tanto desea nuestro corazón fatigado.

Así sea.

EL MENSAJE QUE BROTA DE LA VIDA SENCILLA, PERO PROFUNDAMENTE DEVOTA DE SANTA PAULA, TODA PUREZA Y POBREZA, PERO TODA LLENA DE CELO ARDIENTE POR LAS JOVENES MARGINADAS DE LA SOCIEDAD, ES UNA LLAMADA A LOS VERDADEROS VALORES DE LA MUJER, A LA EXPRESION DE LAS MAS DELICADAS DOTES FEMENINAS, A LA AFIRMACION DE LA IDENTIDAD Y DIGNIDAD DE LA MUJER, A LA CUAL LA IGLESIA SIEMPRE HA PROTEGIDO Y SOSTENIDO PARA EL INCREMENTO MORAL DE LA SOCIEDAD Y PARA LA VENIDA DEL REINO DE CRISTO.

Juan Pablo II. Homilia durante la Misa de canonización de la Beata Paula Frassinetti. Roma, domingo 11 de marzo de 1984

Fundamentos de la teología del Sagrado Corazón (I)*

PHILIPPE JOBERT

El 1.º de noviembre de 1975 S.S. Paulo VI beatificó a María Droste zu Vachering, religiosa del Buen Pastor. Ella había sido cerca de León XIII la mensajera del deseo divino de la consagración del mundo al Sagrado Corazón. Esta Consagración, celebrada el 9 de junio de 1899, había sido anunciada por la encíclica *Annum Sacrum* del 25 de mayo precedente. Este documento con sumo cuidado establece las bases doctrinales de la consagración. En efecto, un problema teológico se planteaba. La biografía de la Bienaventurada nos manifiesta que su súplica al Papa la expuso en estos términos: «Se podrá encontrar raro que Nuestro Señor pida esta consagración del mundo entero, y no se contente con la consagración de la Iglesia católica». León XIII entendió presentar la consagración como una aplicación de la Tradición católica, haciendo abstracción de la revelación privada que había tenido lugar. Encargó, pues, al Cardenal Mazella, S.J. prefecto de la Congregación de ritos, examinar la cuestión. Este es el resultado de este trabajo exegético y teológico que se puede leer en la encíclica:

(Jesucristo) es el príncipe y el soberano Señor, y no solamente sobre las naciones católicas que extiende su imperio; no es solamente sobre los hombres purificados por el agua del bautismo y que, atendiendo al derecho, pertenecen a la Iglesia, aunque les separen de ella opiniones erróneas, o que la discordia les aparte de su amor. Pero el poder de Cristo llega también a todos aquéllos que viven fuera de la fe cristiana; es pues

una verdad incontestable que todo el género humano está bajo la potestad de Jesucristo. Aquél que es el Hijo único de Dios Padre, que tiene su misma sustancia, que es el *esplendor de la gloria y la figura de su sustancia* (Hbr. 1-3), necesariamente lo posee todo en común con el Padre; tiene por lo tanto poder soberano sobre todas las cosas. Por esta razón, el Hijo de Dios, dice de sí mismo por boca de su profeta: Por mí, por mí yo he sido establecido rey sobre Sión, la montaña santa. El Señor me ha dicho: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy. Pídeme y te daré las naciones en herencia, y te haré poseer hasta los extremos de la tierra. (Ps. II, 7-8)

Con estas palabras declara que ha recibido de Dios el poder tanto sobre la Iglesia universal, representada por el monte de Sión, como sobre el resto de la tierra hasta los más lejanos límites. En cuanto a la base de esta soberanía poderosa, estas palabras: *Tú eres mi Hijo* lo explican suficientemente. Pues por el hecho mismo de que El es hijo del Soberano de todo lo que es, es el heredero de todo el poder universal: de ahí estas palabras *te daré las naciones en herencia* y las palabras parecidas de la *epístola a los Hebreos: el Hijo que ha hecho heredero de todas las cosas* (Hbr. I. 2).

Acerca de la autoridad de los profetas y de los apóstoles, la encíclica invoca las palabras de Nuestro Señor afirmando su realeza ante Pilatos (IHo. XVIII, 37) y concretando la universalidad de esta

* Artículo publicado en la *Revue Thomiste*, 1976 n.º 4.

realiza ante sus apóstoles: Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra (Mt. XXVIII. 18). Poder que ha ejercido mandando a sus apóstoles a enseñar a bautizar a todas las naciones (Mt. XXVIII, 19).

Este poder que Nuestro Señor posee como Hijo de Dios por derecho de nacimiento, lo tiene además por derecho adquirido entregándose para la redención de todos (I Tim. II, 6) que ha arrancado del poder de las tinieblas (Col. I, 13) de modo que todos los hombres son para El un pueblo conquistado (I, Pet. II, 9).

Para explicar como los infieles caen bajo el dominio de Jesucristo, la encíclica recurre a Santo Tomás (Después de haber citado a San Agustín como testigo de la traducción patristica sobre la universalidad de la salvación). A propósito del poder judicial de Cristo, Santo Tomás distingue aquéllos que le están sometidos *quantum ad executionem potestatis*, es decir, los fieles, y aquéllos que les están sometidos solamente *quantum ad potestatem*, es decir, los infieles, que son sus súbditos pero se le resisten.

La consagración es el reconocimiento voluntario de pertenecer a Dios. Los fieles lo cumplen por sí mismos, y como el Papa es el Vicario de Jesucristo, tiene el poder de consagrar los infieles al Sagrado Corazón.

Esta exposición doctrinal, tan densa y firmemente estructurada, suscita ciertamente admiración, invita también a escrutar las profundidades del misterio que evoca. Nosotros nos proponemos pues precisarlo más, si es posible. León XIII apela al derecho de nacimiento y al derecho adquirido por Cristo sobre todos los hombres, haciendo referencia al amor infinito de Jesucristo cuyo símbolo es su Sagrado Corazón, o mejor dicho su expresión. En efecto ¿qué es sino el corazón, la inteligencia, y la voluntad las sedes del amor? El Corazón de Dios es Dios mismo, es la Persona divina encarnada de Cristo, Inteligencia y Voluntad subsistente, que conoce y ama divina y humanamente.

La creación fundamento de «derecho de nacimiento» de Cristo sobre todos los hombres

El término jurídico *just nativum* tomado de la encíclica no debe inducir al error. Se trata aquí de la búsqueda teológica sobre el origen real del poder que Cristo ejerce sobre los hombres y no

solamente el poder judicial que Cristo ejercerá el último día, según el Símbolo de la fe.

Según B. Sesboüe la contemplación de nuestra elección en Cristo, desde antes de la fundación del mundo, nos hace ya entrever desde el origen lo que es el fin, es decir la reunión del universo entero bajo un solo Jefe, Cristo. Lo que nos remite a (*Ephesiens 1, 4-8*). *Es así que El nos ha elegido en él desde antes de la creación del mundo para ser santos e inmaculados en su presencia, en el amor, determinando por adelantado que nosotros seríamos para él, hijos adoptivos por Jesucristo*. Se trata de una elección libre, de un acto inteligente y voluntario de Dios. Acto eterno y necesario en tanto que es idéntico a la naturaleza de Dios, pero soberanamente libre acerca de su objeto, porque trascendiendo infinitamente a las criaturas limitadas en el tiempo y en el ser que nosotros somos. Nuestra contingencia hace de esta predilección un amor sin motivo, como decían los encendidos místicos de la edad media, absolutamente gratuito. Y el fin de este amor hacia nosotros, que consiste en amarnos como él se ama, y nos eleva hasta él, nos hace participar de su vida íntima, la que él tiene con su Hijo en la unidad del Espíritu Santo. Nos hace, adoptándonos en Cristo, beneficiar gratuitamente por ello *de la redención por su sangre de la remisión de los pecados según la riqueza de gracia que nos ha prodigado*.

Es así que San Pablo resume el designio y la obra del Corazón de Dios. Esta actividad, considerada en la Persona del Padre, es común a las Tres Personas. Además, algo más lejos, es atribuida a Cristo: *Conoceréis el amor de Cristo que sobrepasa todo conocimiento* (Ephf. III, 19), en un texto que la Iglesia atañe a la liturgia del Corazón de Jesús.

En efecto, el acto de conocimiento y de amor divino por el cual estamos predestinados a ser en Cristo por la fe, es también un acto de Cristo según su naturaleza divina. Somos pues, virtualmente contenidos como objetos de conocimiento y de amor en la Persona divina del Hijo.

El conocimiento y el amor divino son causa primera de la existencia de las cosas. Todas las cosas que existen, o existirán, preexisten en Dios como su Causa primera y su Ejemplar. Creadas de la nada, son participaciones limitadas de la Realidad divina, imitaciones deficientes cuyo Prototipo perfecto preexiste en Dios. Existentes en sí mismas según un modo divino infinito. Esta

preexistencia virtual en Dios, trasciende infinitamente la existencia actual que las cosas son en sí, y es por ello absolutamente distinta. Ser virtualmente contenido en Dios, que es la Causa primera, infinitamente distante, de la existencia actual que son en sí. Esta preexistencia virtual es real, y también infinitamente más real que la existencia que tienen en sí, pues es la existencia misma de Dios: en efecto, todo lo que es en Dios, es Dios. Y como Dios es subsistente en Tres Personas, todo lo que preexiste virtualmente en Dios, es virtualmente subsistente en las Tres Personas divinas. Inversamente, las tres personas divinas contienen virtualmente, bajo el modo subsistente que les es propio. Todas las cosas creadas que nosotros somos. Así, nosotros subsistimos virtualmente en las Tres Personas, y por tanto en el Hijo, como en el Principio primero y ejemplar de

la personalidad humana por la cual subsistimos distintamente en nosotros mismos.

Aquí es preciso remarcar que esta subsistencia virtual se verifica a dos niveles: 1) a nivel de la creación: pues es en tanto que criaturas somos virtualmente contenidos en la Persona del Hijo; 2) a nivel de la predestinación: pues en tanto que criaturas espirituales que Dios quiere salvar, estamos, además contenidos virtualmente en el Hijo según que El nos ama como a sí mismo y nos asimila a El por la gracia.

Por otra parte, estamos virtualmente contenidos en El no solamente en cuanto al ser, sino también en cuanto a las operaciones en las que El es la Causa primera, en particular en cuanto a los actos libres; lo mismo cuando estos actos son pecados en cuanto que nosotros somos causas segundas, el Hijo permanece Causa primera de todo lo que contienen de realidad y perfección.

SEÑOR JESUCRISTO, HIJO ETERNO DEL PADRE ETERNO, NACIDO DE LA VIRGEN MARIA:

TE PEDIMOS QUE SIGAS REVELANDONOS EL MISTERIO DE DIOS PARA QUE PODEMOS RECONOCER EN TI «LA IMAGEN DEL DIOS INVISIBLE», PARA QUE LE ENCONTREMOS A EL EN TI, EN TU PERSONA DIVINA, EN EL CALOR DE TU HUMANIDAD, EN EL AMOR DE TU CORAZON.

¡CORAZON DE JESUS, EN QUIEN HABITA LA PLENITUD DE LA DIVINIDAD!

¡CORAZON DE JESUS, DE CUYA PLENITUD TODOS HEMOS RECIBIDO!

¡CORAZON DE JESUS REY Y CENTRO DE TODOS LOS CORAZONES POR SIEMPRE!

AMEN.

Juan Pablo II. Homilia durante la Misa celebrada en el aeropuerto de Abbotsford (Canadá), el 18 de septiembre de 1984.

LA CONSAGRACION DE LAS FAMILIAS

A LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA

JUAN M. IGARTUA, S.J.

Consagrar es entregar

La palabra *consagración* viene de «sagrado». Es hacer algo sagrado o santo, por su dedicación a Dios o a su culto: así se consagra un cáliz porque ha de contener la Sangre del Señor. Es un concepto de algo que en adelante está dedicado, entregado, consagrado a Dios. La consagración al Corazón de Jesús es una entrega o dedicación al mismo, en cuanto es una entrega al Hijo de Dios, Jesús, que en su Corazón nos ofrece el signo o señal de su amor. Es así una consagración al amor de Cristo y de Dios.

Tal cosa así consagrada queda elevada, dignificada, hecha «santa». Se puede preguntar aquí qué significado tiene el concepto tan usual y frecuente entre nosotros, en el ambiente religioso, de «santo» y de «santidad». Y si el lector comienza a pensar quizás se halle un poco perplejo para decir cuándo algo es santo y por qué lo es, pues es un concepto usual, pero poco pensado, por lo mismo que la costumbre nos lo hace habitual. Digamos qué puede significar santo, y cuándo una cosa lo es. *Santo*, en realidad, es el mismo Dios. Recordemos cómo Isaías en su capítulo 6, cuando narra su propia vocación, dice que vio dos serafines con seis alas cada uno, que ante el mismo trono de Dios clamaban alternativamente: «*Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios de las milicias o astros*» (Is 6, 1-3). El nombre de Dios, además de serlo como propio el de *Yahvé*, es el de «*Santo*», «*el Santo de Israel*» (Is 43, 14).

Todo lo demás que sea santo o santificado, lo será por participar en algo, aunque de modo muy inferior como cosa creada, de la santidad de Dios, que es el único verdaderamente *Santo*. Es, pues, santo lo mismo que *divino*, lo mismo que algo totalmente diverso de lo creado, es el Creador. Dice con verdad el venerable san Beda, doctor

de la Iglesia: «Se llama *Santo su Nombre* porque con la cumbre de su poder singular *trasciende* (o sobrepasa) a toda criatura, y se halla separado muy de lejos de todas las cosas existentes» (*In Luc*, 1,49). Como se ve el doctor de la Iglesia señala que santidad divina es lo mismo que su trascendencia, su propio Ser infinito. Por eso es el nombre propio de Dios el de Santo, como dice la Virgen María en su Cántico del Magnificat que comenta Beda: «*Santo es su Nombre*».

Y así *santo* o *sagrado* es lo mismo, lo que acerca a Dios, lo que le pertenece. Por eso mismo *consagrar*, o sea, «hacer algo sagrado», es entregárselo a Dios, para que le pertenezca y quede consagrado, o sea, hecho santo.

La consagración familiar

Consagrar, pues, es entregar a Dios algo para que sea suyo por título especial voluntario. Es claro que todo es ya suyo por creación, pero Dios nos ha creado a los hombres libres, y quiere que le devolvamos con la libertad nuestras personas. Por eso la consagración adquiere un alto valor moderno, pues es una puesta en práctica de la libertad. Y nunca con mejor finalidad que para entregarla a Dios su Creador, que tiene, antes, tanto derecho sobre la misma.

Lo que se consagra son las cosas que se entregan a Dios como de pertenencia especialmente suya entre lo demás. Y si algo es suyo, y puede Dios tener interés en que se le entregue, son las personas, la obra máxima del Creador, la más perfecta imitación de su Ser, que es personal (tan es así, que por el dogma misterioso de la Trinidad, sabemos que hay en Dios no sólo una, como dictaría la mera razón, sino tres personas, como enseña la fe).

* Publicado en la revista *Reino de Cristo*, Mayo 1984. Comentario a la intención del Papa para el Apostolado de la Oración.

La consagración es *personal*, de modo principal. Se consagran a Dios los objetos, pero mucho más las personas. Ahora bien, en la sociedad hay, como es bien sabido, personas físicas, y morales o jurídicas. Estas son comunidades de personas asociadas por fines determinados, que obran como si fuesen una persona y adquieren derechos como tales. La principal *persona moral natural* es la familia, célula básica de la sociedad entera. Es anterior y determinante de la existencia de las sociedades también naturales, de la reunión de familias en clanes, tribus, y naciones, con sus municipios y provincias o regiones. La base de todo y el origen natural de ello es la familia, de la cual brotan todas las demás por agrupación, división o extensión.

La familia es una sociedad natural mínima, y en su mínima expresión se compone del matrimonio, un hombre y una mujer reunidos legítimamente, de cuya pareja nacen los hijos, que completan la unidad familiar. Por todo ello, si Dios quiere que se le consagren las personas, los individuos, aceptando libremente su derecho de creador y Señor, también ha de querer que se le entreguen o consagren las familias, que son la extensión natural que El mismo ha dado a los individuos humanos, a diferencia de los angélicos, que no tienen matrimonio ni descendencia, y son siempre y sólo individuales (Mt 22,30 y par.).

De ahí la importancia de la consagración familiar. Es una *entrega de la familia, como tal*, a Dios. Es una aceptación familiar de los derechos divinos y de sus mandamientos. Es una proclamación familiar del amor a Dios, autor natural de la familia por creación del hombre capaz de procreación. Es el hombre hecho a «imagen y semejanza de Dios», es decir, «hombre y mujer los creó» (Gén 1,27). Dios es Creador de los hombres, y los hombres son hechos «procreadores de hombres». ¿Se quiere mejor imagen y semejanza? Naturalmente, el alma es sólo Dios quien la crea, como solemos decir, de la nada. Pero en la formación de nuevos cuerpos para esas almas tiene colaboradores, y son los hombres, es la familia en origen. La familia es voluntad de Dios, que hizo así al hombre (Gén 2,24).

¿Y cómo se consagrará la familia? Porque la consagración es una entrega libre y voluntaria, y ésta la ha de hacer una determinada voluntad. Así es, y el que naturalmente ha de asumir la representación de la misma familia debe ser el que es cabeza de la misma, que es el padre. Es obvio,

sin embargo, que la madre tiene una representación pareja a la del padre, y por eso también ella, y más en el mundo actual, podrá asumir tal representación en defecto del padre, o al par suyo. La familia, sin embargo, no se compone en su plenitud sólo del padre y de la madre, sino que la forman también los hijos. ¿Qué decir entonces de ellos? Si son menores evidentemente su representación está, por necesidad, en los padres; pero si son mayores de edad, y religiosamente lo son cuando tienen ya la discreción necesaria para la plena responsabilidad de sus actos, entonces debe requerirse su participación formal, es decir, voluntariamente consentida.

¿Qué decir de los casos, hoy por desgracia más frecuentes, en que en la misma familia los hijos se dividan en creyentes e increyentes, o al menos en sumisos y «contestatarios»? La representación formal y jurídica de la familia como tal sigue estando siempre en los padres; pero es claro que, delante del mismo Dios, la plenitud de la familia supone la plenitud de sus miembros. Con todo, el padre o madre pueden asumir la representación de ofrecimiento como padres, y consagrar la familia aunque no participen ni quieran participar los desviados. Dios recibirá la voluntad de los padres, y puede otorgar sus gracias a los recalcitrantes por tal consagración. Individualmente no quedan consagrados, pero lo queda la entidad a la que pertenecen, aunque sus frutos personales no los adquirirán en real plenitud si no consienten.

Por todo esto, y siguiendo el ejemplo de la Iglesia, se puede, y es agradable a Dios, consagrar la familia al Corazón de Jesús y al de María, aun contra la voluntad de algún miembro. Ni se le hace daño alguno, sino que el amor los entrega al cuidado paternal y maternal de los sagrados Corazones. Decimos «siguiendo el ejemplo de la misma Iglesia», pues León XIII hubo de resolver este problema a escala mundial, en la célebre consagración del mundo pedida en nombre del mismo Corazón de Jesús en su manifestación a la actual beata, María del Divino Corazón (antigua condesa Droste zu Vischering), quien había recibido del cielo la petición de que el Pontífice hiciese este acto para derramar nuevas gracias sobre el mundo. El Pontífice decidió hacerlo (se renueva cada año tal consagración el día de Cristo Rey), y resolvió en su encíclica *Annum Sacrum* que él podía en representación de la Iglesia, consagrar el mundo entero, aun los infieles, porque todos pertenecen a Jesucristo como Hombre Dios. Lo mismo pasa con la familia.

Consagración y promesa

Queremos terminar con un recuerdo a las conocidas —y también olvidadas— «promesas del Sagrado Corazón», entre las cuales hay una para las familias. Santa Margarita María Alacoque, elegida para impulsar a la Iglesia a establecer la fiesta del Sagrado Corazón, y fomentar su devoción, antigua y nueva, eclesial plenamente, recoge en sus escritos diversas promesas que el Sagrado Corazón le hizo para quienes participen en esta devoción y culto con personal voluntad, y aun cuando no sean precisamente santos al hacerlo.

Estas promesas han sido desvalorizadas por algunos, por la razón de que el culto debe hacerse sin interés personal, por amor a Dios, y que lo otro parece egoísmo. Aun el mismo Pío XII da valor a esta objeción en su encíclica *Haurietis Aquas* (n. 72), aunque solamente si se hace con esta intención *exclusiva*, la cual ciertamente podría viciar, *si es exclusiva*, el hecho.

Pero es claro que las promesas para estimular a practicar el bien y la misma religión, los pre-

mios, por decirlo así, son de tal manera «religiosos» que se hallan en la base de la religión. ¿Qué otra cosa es el premio del cielo prometido a las buenas obras? ¿Qué otra cosa dicen las ocho bienaventuranzas de Jesús, que cada una promete un premio especial al que cumpla aquella virtud? Pues bien, las promesas del Sagrado Corazón a las familias pueden concretarse principalmente en estas dos, tomadas de los escritos de la santa del Sagrado Corazón de Jesús. El Señor promete:

2.^a: *Pondré paz en sus familias.*

9.^a *Bendeciré los lugares en que la imagen de mi Corazón sea expuesta y honrada.*

Sólo queremos invitar al lector y a su familia a hacer la prueba de esta «renovación familiar», que es la consagración a los Sagrados Corazones de Jesús y de María. No podemos aquí ya proponer la manera práctica de hacerlo, y bastará pedir la forma a un sacerdote con celo por el Corazón de Jesús y el de María. Haced la prueba, si no lo habéis hecho.

LA ACTUALIDAD DE LA SOBERANIA DE JESUCRISTO CONSISTE EN QUE, SU ACATAMIENTO POR LOS PUEBLOS Y NACIONES, POR EL GENERO HUMANO, ES EL UNICO REMEDIO DEL MUNDO ACTUAL, EL ANTIDOTO CONTRA EL VENENO DE REBELION INOCULADO POR LA REVOLUCION. SUJETESE EL MUNDO A ESTE DIVINO REGIMEN Y RECOBRARA LA SALUD, Y ALCANZARA LA VERDADERA PAZ: *PAX CHRISTI IN REGNO CHRISTI.*

MAS LA SOBERANIA DE CRISTO, NO TAN SOLO ES *ACTUALIDAD* DE REMEDIO, ES ADEMAS *ACTUALIDAD* DE ESPERANZA.

R. Orlandis, S.I.
(1 de noviembre de 1945)

SANTA TERESA DE LISIEUX Y LA DEVOCION AL SAGRADO CORAZON EN NUESTRO TIEMPO*

JOSÉ FZ. DE RETANA, S. I.

Fiada en la promesa de su Fundador, la Iglesia va superando una tras otra todas las herejías. Sin embargo, siempre quedan restos de ellas en la vida de los fieles. Pasaron ya muchos siglos de la herejía pelagiana, pero son muchos los que siguen creyendo que la santidad es asunto de puños. Sólo cuando avanzan en la vida espiritual se persuaden que es, sobre todo, obra de rodillas.

En muchas de estas personas, sobre todo en la vida religiosa, la conversión gira sobre dos goznes: el culto al Sagrado Corazón y la devoción a Santa Teresa del Niño Jesús. En ambos un denominador común: la confianza.

Pero la confianza no podía ser más que un indicador. En frase de Pío X, Teresa es la mayor santa de los tiempos modernos. Pío XI diría más tarde de la Devoción al Sagrado Corazón que es la norma de vida más perfecta. ¿Podrá la santa carmelita ignorar esta devoción? Lectores superficiales, no sabemos con qué intención, no han vacilado en afirmarlo. Fácil cosa es probar la falsedad de este enunciado. Nosotros vamos más lejos. Presentamos a Santa Teresa del Niño Jesús como un modelo acabado y perfecto de esta devoción. Y especialmente para nuestros días.

En el alma de Teresa Martín hay una disposición primitiva que será siempre fundamental: el amor de Dios. Pero el Dios que ama Teresa con todo su corazón no es un Dios abstracto, el dios de los filósofos y de los sabios. Es el Dios hecho hombre: El Verbo Encarnado. Contemplando su evangelio aprende la esencia del amor. A nuestra generación pagada de sus progresos técnicos, pero que no sabe encontrar paz, le sale al paso y le dice: lo propio del amor es abajarse. Nadie hasta ahora había dado una definición tan profunda. San Juan había dicho: «Dios es amor». Teresa de la conducta de Dios deduce: lo propio del amor

es abajarse. Ella por eso será «un granito de arena».

Este amor no es en ella un sentimiento, una emoción, una ternura de corazón compatible con todas las debilidades, todos los caprichos de la infancia. Es en ella algo del orden de la voluntad mucho más que del orden sensible. Cristaliza en una docilidad perfecta a la voluntad de Dios que le permitirá decir:

«Desde los tres años no he negado nada a Dios» (1).

En esta fórmula negativa, pero de contenido positivo, se define una situación psicológica de esencia mística. Se declara que toda la iniciativa de esta conducta pertenece a Dios. Así Teresa, desde el primer ejercicio de su amor a Dios, ha sabido que su decisión no era más que una respuesta, pues ella había sido amada primero.

Pero ¿qué amor es éste que ha obsesionado a Teresa durante su vida? Ella misma nos lo dice en carta de 21 de junio de 1897 al abbé Bellière:

«¡Ah!, querido hermano, desde que se me ha dado comprender el amor del Corazón de Jesús, confieso que he arrojado de mi corazón todo temor» (2).

Teresa de Lisieux siente, pues, en ella esa llama de amor devorador. Mística profunda, sabe que todo cuanto es y cuanto tiene es un don de su divino Esposo. El clima es indicado para el deseo espontáneo de entrega y de consagración. Una consagración que sólo puede hacerse al Amor. Tal es su Acto de Ofrenda al Amor misericordioso,

(1) *Manuscritos autobiográficos*, Ms C, folio 35 r°.

(2) Cf. o. c., Ms A, folio 70 r°; 74 r°.

* Artículo publicado en la revista *Manresa*, 29 (1957).

que llevará siempre sobre su pecho. En ella pide al Padre, apoyándose en que siendo Jesús su Esposo todos los méritos de El son suyos, que no le mire ya sino a través del Corazón de Jesús ardiendo de amor. Y más adelante insiste en que lo que les mueve a la consagración no es el reunir méritos para el Cielo, sino consolar al Sagrado Corazón. La entrega total y la intención reparadora hacen de ella una fórmula perfectísima.

La santa carmelita intuye como San Ignacio las maravillas que haría Dios en las almas si éstas no les pusieran impedimentos. Y Teresa sabe que Dios le llama a una gran santidad. Pronto pisotea el mundo y las criaturas. Es cota fácil de superar en la vida religiosa. Pero hay otro pedestal que derribar: el amor propio. Ella nos dirá del suyo que lo tenía exagerado, sólo porque a la edad de tres años no quiso ganar cinco céntimos que su madre le ofrecía por besar el suelo. A él atribuye en su humildad el no volver a caer en la misma falta. Muchas veces, como los que preceden a su profesión, no pasan de ser primeros movimientos. No importa. Teresa ha entendido a la perfección el dicho de San Agustín: «el abandono es el fruto delicioso del amor». Hasta qué punto lo penetró Teresa nos lo dice con elocuencia su carta de fin de abril de 1890 a su hermana Sor Inés:

«¡Oh, cómo desea (el grano de arena), ser reducido a nada, desconocido de todas las criaturas, pobre, pequeño, no desea ya nada, nada más que el OLVIDO...! ¡Nada de desprecios, ni injurias, sería demasiado para un grano de arena! Sí, deseo ser olvidada y no sólo de las criaturas, sino también de mí misma. Quisiera de tal manera ser reducida a la nada que no tenga ya ningún deseo...» (3).

Nos resulta costoso interrumpir la cita, pero lo hacemos para seguir leyendo unos días después:

«Que el grano de arena esté siempre en su sitio, es decir a los pies de todos. Que nadie piense en él; que su existencia sea por decirlo así ignorada..., el grano de arena no desea ser humillado. Esto es demasiado glorioso pues habría que ocuparse de él. No, desea otra cosa: SER OLVIDADA, TENIDA POR NADA. Pero desea ser vista por Jesús» (4).

(3) Cf. o. c., Ms C, folio 22 rº - 22 vº.

(4) Cf. o. c., Ms C, folio 36 rº.

¿Pero dónde se esconderá Teresa para lograr sus deseos? Ella misma nos lo dice glosando la frase de San Agustín, en una poesía que titula «Abandono»:

El abandono me entrega
En tus brazos dulce Esposo
Y el pan de los elegidos
Me da y con él me conforto.
Gustándolo, ya otra cosa
En el mundo no ambiciono,
que una mirada divina
De los más divinos ojos.
Y después de sonreírte
Me recuesto y me abandono
En tu Corazón, diciéndote
Que aun dormida, yo te adoro (5).

Cuan perfecto fuese este abandono en el Sagrado Corazón lo proclama a los cuatro vientos aquella paz íntima que constituye como la herencia de Teresa y que es el fruto inmediato del alma que olvidada totalmente de sí no tiene ya nada que perder.

Aunque encerrada en su convento desde los 15 años, Teresa Martín sabe lo que algunos teólogos quieren ignorar hoy. En el mundo existe el pecado. Y este pecado exige expiación. Por eso en ella junto al amor florece el sufrimiento. Es que —escribe a su hermana Celina— «existe un amor cuya única prenda son las lágrimas» (6). Sus cartas son un tratado perfecto de la Cruz. Tan identificada está su vida con el sufrimiento, que escribe al Abbé Bellière:

«El sufrimiento unido al amor es lo único que me parece deseable en el valle de lágrimas. Es cierto que la cruz me ha seguido desde la cuna, pero esta cruz, Jesús me la ha hecho amar con pasión» (7).

Y al día siguiente, 14 de julio de 1897, descubre ingenuamente al P. Roulland el problema que el sufrimiento le plantea:

«Desde hace tiempo el sufrimiento se ha hecho mi Cielo aquí abajo. Y me cuesta concebir cómo podré aclimatarme en un País en que reina la alegría sin ninguna mezcla de tristeza. Será preciso que Jesús transforme

(5) Carta de 18 julio de 1897 al Abbé Bellière.

(6) *Novissima verba*, 11.7.3

(7) Folio 84 rº.

mi alma y le dé capacidad de gozar. Si no, no podré soportar las delicias eternas» (8).

Pero el hacer de su vida un continuo sacrificio, un martirio de amor, es para consolar a Jesús. Alma intensamente mística, siente como suyos los sufrimientos de Jesús y necesita expansionarse. Por eso el consolar a Jesús será el tema preferido de sus cartas a Celina. Además para Teresa consolar a Jesús es salvarle almas. Sabe que el cristianismo no es una idea muerta. Es vida que se perpetúa en el cuerpo Místico que es la Iglesia. Y aunque en su oración y sacrificios ocupen un lugar eminente los sacerdotes por ser los pescadores de almas, sabe también que la Iglesia no son sólo los curas y que Dios concertó el cuerpo dando mayor honor a los que más lo necesitaban. Por eso sus predilectos serán los infieles y los descreídos. Y como en la actual providencia no hay redención sin encarnación, vivirá íntimamente la noche de la fe. Esta será su forma suprema de reparación:

«Vivir tras ese muro que se alza hasta los cielos y que oculta el firmamento estrellado» (9).

Su inmolación es silenciosa. Sólo su Priora y su confesor conocen sus sufrimientos. Por eso no es una revelación para su hermana Paulina oírle exclamar:

«Nunca hubiera creído que se pudiese sufrir tanto. ¡Nunca! ¡Nunca! No me lo puedo explicar sino por los ardientes deseos que he tenido de salvar almas...» (10).

Sólo nos queda escuchar de ella misma cuál fue el altar de su sacrificio:

Para contemplar tu gloria cara a cara y sin cen-
[dales
Pasar debo por las llamas de un incendio abrasa-
[dor.
Yo escogí por Purgatorio tus entrañas paternas
Ese Corazón Sagrado, Volcán vivo del amor (11).

Al sorprender en Teresa el Amor, la Consagración y la Reparación, nos hemos topado frecuen-

temente con el Corazón de Jesús. Es el tema preferido de sus poesías. En ellas encontramos con sorpresa que lo es todo para ella. Unas veces, como en «Mi cántico de hoy», dirá:

Ocúltame en tu pecho y allí no habrá temores
Del pérfido enemigo que ronda mi mansión
Que sea mi morada y hogar de mis amores
Tu Santo Corazón (12).

Otras veces, como en «Vivir de Amor», la imagen es dinámica:

En tu gran Corazón mar de dulzura
Navega el mío a velas desplegadas
Ligera surco el mar con mi tesoro
Llevo de lastre amor, y amor de carga (13).

La misma imagen del mar, ahora agitado, se repite en «Acuérdate mi Amor». Pero nos interesa más en ella ver cómo Teresa, mística profunda, nos señala cómo ha de realizarse nuestra respuesta al amor:

Mas si me das tu Corazón amado
Con El te podré amar cuanto yo quiera
Con El te sabré amar hasta que muera (14).

Sabiendo lo que en la vida de Teresa representa el Amor, y oyéndola en la poesía «A mis hermanitos del Cielo»:

Oh capullos perfumados recogidos en la aurora
De la flor
El sol bello que os despliega, que os matiza y os
[colora
Es el Corazón divino. Sol ardiente del Amor (15).

...no es necesario multiplicar las citas. Sólo añadiremos que su poesía «Al Sagrado Corazón», larga de 16 estrofas de verso mayor, es una síntesis poética, mediocre de forma, profunda de inspiración mística, de su manera original entonces de ver esta devoción. Pero de esta aportación personal extraordinaria de Teresa a la devoción al Sagrado Corazón hablaremos más adelante.

Del examen de sus cartas se deduce que le eran muy familiares la vida y las apariciones del Sagrado Corazón a Santa Margarita María. Una de

(8) Folio 84 r.
(9) *Acto de ofrenda*, o. c., 318.
(10) O. c., Ms B, folio 1 v.
(11) O. c., Ms B, folio 1 r.

(12) O. c., Ms C, 36 v.
(13) Id., p. 652.
(14) Id., p. 669.
(15) O. C. Poesías, p. 715.

sus tías había sido visitandina, y su hermana Leonisa, tras varios intentos, profesó finalmente en la visitación de Caen.

Encontramos en ellas con frecuencia esta expresión de despedida:

«Queda muy unida en el Corazón de Jesús...» (16).

Es natural que sean sus cartas más íntimas las que aborden este tema que exige cierta temperatura espiritual. Se encuentra a menudo en la correspondencia con sus tíos, la familia Guerin. A su prima María Guerin, luego Sor María de la Eucaristía, escribe:

«Estoy segura que mi pequeña María está muy adelantada en su Corazón» (17).

Y cuando más tarde, aquejada de escrúpulos, acuda en demanda de auxilio a Teresa ésta le contestará:

«Lo que más ofende a Jesús, lo que le hiere en el Corazón, es la falta de confianza» (18).

A su tía escribe para su santo:

«Es lo que pedía hace un momento (en la comunión) a Aquel cuyo Corazón golpeaba al unísono del mío» (19).

Y al año siguiente, cuando la enfermedad de su padre llega a la cima insiste en la felicitación de año nuevo:

«Considerando el tiempo que acaba de pasar doy gracias a Dios, pues si su mano nos ha presentado un cáliz de amargura, su Corazón divino ha sabido sostenernos en la prueba y nos ha dado la fuerza necesaria para beber su caliz hasta las heces» (20).

Y cuando quiere agradecerle sus cuidados maternales desde la muerte de su madre:

«Yo sé muy bien que Dios ha puesto algo

del amor que desborda su Corazón en el corazón de las madres...» (21).

Es natural que el Sagrado Corazón centre toda su correspondencia con su hermana Leonisa. Cuando el 23 de junio de 1893 entra por segunda vez en la Visitación, Teresa le felicita:

«Jesús ha extendido su mano divina y tomándolo a su prometida la ha colocado sobre su Corazón, en el tabernáculo de su Amor» (22).

Más tarde le expone su «Caminito» como algo muy del Corazón de Jesús:

«Cómo temer a Aquel que se deja encadenar por un cabello que vuela sobre nuestro cuello (Cantar de los Cantares, 4, 9). Sepamos pues retener a este Dios que se hace mendigo por nuestro Amor. Diciéndonos que es un cabello lo que puede obrar este prodigio, nos enseña que las acciones más pequeñas, hechas por amor, son las que encantan su Corazón» (23).

No podía faltar este tema en las cartas más íntimas de Teresa, las cartas a Celina.

«El que ama a Jesús encuentra en este Corazón único, que no tiene nada semejante, todo lo que desea. Encuentra en El su cielo» (24).

Su carta de 14 de octubre de 1890, cuando Celina peregrina a Paray en el segundo centenario de Santa Margarita, entreaire una rendija para penetrar el profundo misterio de Teresa:

«Ruega mucho al Sagrado Corazón. Sabes, yo no veo el Sagrado Corazón como los demás. Pienso que el Corazón de mi esposo, es sólo mío, como el mío es de El, y yo le hablo entonces, en la soledad de este delicioso corazón a corazón, esperando contemplarle un día cara a cara» (25).

Consciente también de la eficacia de esta devoción, la siembra oportuna e importuna a sus

(16) Cartas, 130, 136, 153, 187, 188, 201, 202.

(17) Cartas, 37.

(18) Cartas, 71.

(19) Cartas, 42.

(20) Cartas, 78.

(21) Cartas, 131.

(22) Cartas, 126.

(23) Cartas, 171.

(24) Cartas, 109.

(25) Cartas, 102.

hermanos misioneros. Escribe a l'Abbé Bellière: matizándole perfectísimamente su manera personal de ver esta devoción:

«Cuando veo a Magdalena avanzar entre los numerosos, convidados, regar con sus lágrimas los pies de su Maestro adorado que toca por vez primera, siento que su Corazón ha comprendido los abismos de amor y de misericordia del Corazón de Jesús, y que pecadora como es, este Corazón de amor, está no solamente dispuesto a perdonarle, sino aun a prodigarle los beneficios de su intimidad divina, a elevarla hasta las más altas cumbres de la contemplación» (26).

Más tarde, el 18 de julio de 1897, le anima:

«Ah como haceros comprador la ternura del Corazón de Jesús, lo que El espera de Ud.»

Y ocho días después insiste de nuevo:

«Hace tiempo olvidó El sus infidelidades. Sólo vuestros deseos de perfección están presentes para regocijar su Corazón»... El Corazón divino se entristece más por las mil pequeñas indelicadezas de sus amigos que de las faltas, aun graves, que cometen las personas del mundo» (28).

Acabamos de ver que lo mismo en sus cartas que en sus poesías, la expresión Sagrado Corazón representa unas veces la persona total de Jesús, pero iluminada siempre por la antorcha del amor. Otras veces, sobre todo en la comunión, ese Corazón golpea al unísono del suyo. La cosa es, pues, tan evidente que es necesaria mala voluntad o un desconocimiento total del epistolario y de las poesías.

El 9 de junio de 1895, en la fiesta de la Trinidad, Teresa se ofrece como víctima de holocausto al Amor misericordioso. Ella misma nos dice en su fórmula el móvil de este acto de ofrenda:

«No quiero reunir méritos para el cielo, quiero trabajar por vuestro solo amor, con

el único fin de agradaros, de consolar a vuestro Corazón Sagrado y salvar almas que os amarán eternamente (29).

A fin de vivir en un acto de perfecto Amor, ME OFREZCO COMO VÍCTIMA A VUESTRO AMOR MISERICORDIOSO, suplicándoos que me consumáis sin cesar, dejando desbordar en mi alma, las olas de infinita ternura que se encierran en Vos y que así me hagan Mártir de Vuestro Amor, ¡Oh Dios mío!» (30).

Analicemos la maniobra de Teresa. El Corazón de Jesús es un océano de amor. Pero las almas no se dejan invadir por este amor. Unos le rechazan, otros permanecen indiferentes. Teresa se ofrecerá como víctima, no para recibir los golpes de la Justicia, sino para sumergirse en el torrente de amor infinito represado en el Corazón de Cristo. Sabe que eso es el martirio. Pero todo eso es accesorio. Lo importante es que el Amor Misericordioso de Dios tenga al menos un alma donde pueda volcarse sin medida. Por eso ella no se inmolaba ni a la Justicia ni a la Misericordia. Su ofrenda será al AMOR.

Queda bien claro que el tema del Amor misericordioso es para nosotros el principio supremo de inteligibilidad de los manuscritos autobiográficos, al mismo tiempo que la llave de oro que nos abre el alma de Teresa. Es también el eje en torno del cual girará la devoción al Sagrado Corazón en adelante y la puerta grande por la que entrarán en El todos los agobiados con trabajos y cargas.

Al terminar nuestro recorrido de los elementos esenciales de la Devoción al Sagrado Corazón en Santa Teresa del Niño Jesús, nos encontramos de nuevo en el punto de partida: la confianza. Su importancia en esta devoción la ha comprendido muy bien el pueblo cristiano al plasmarla en la jaculatoria milagrosa: «Sagrado Corazón de Jesús, en Vos confío».

No sólo el pueblo. Santa Margarita María, el apóstol del Sagrado Corazón, es a la vez vocero infatigable de la confianza. De todos conocido es el Acto de Confianza al Sagrado Corazón del Beato Claudio de la Colombière. ¿Qué extraño, pues, que Teresa, la doctora de la confianza, haya penetrado hasta lo más hondo del Corazón divino? Ya vimos que a su prima María Guérin le escribe para consolarla de sus escrúpulos: «Lo que más ofende a

(26) Cartas, 220.

(27) Cartas, 229.

(28) Cartas, 231.

(29) Cartas, Acto de Ofrenda, p. 444.

(30) Cartas, Acto de Ofrenda, p. 445.

Jesús, lo que más le hiere en el Corazón es la falta de confianza» (31).

«La santidad —dice Teresa— no consiste en tal o cual ejercicio virtuoso, sino en una disposición del corazón que nos hace humildes y niños en brazos de Dios, conscientes de nuestra flaqueza y confiados hasta la audacia en su bondad de Padre» (32). En esta confianza audaz pone Teresa uno de los fundamentos de la santidad y esta nota de audacia, que es como el coronamiento de las tres virtudes teologales, es también una de las cumbres más elevadas de la devoción al Sagrado Corazón. A él se refiere en aquellas atrevidas líneas, que su hermana Sor Inés no se atrevió a publicar, pero que hoy el texto autógrafa nos permite saborear plenamente:

«Querida hermana, comprended por favor a vuestra hija, comprended que para amar a Jesús, para ser su víctima de amor, cuanto más débil es uno, sin deseos ni virtudes, más cerca se está de las operaciones de ese Amor que consume y transforma. El sólo deseo de ser víctima basta, pero es preciso consentir en permanecer siempre pobre y sin fuerza, y esto es lo difícil, pues ¿dónde encontrar al verdadero pobre de espíritu? Es preciso encontrarle muy lejos, dice el salmista. No dice que hay que encontrarlo entre las almas grandes, sino muy lejos, es decir en la bajeza, en la nada» (33).

Tras esta síntesis de la Devoción al Sagrado Corazón en Santa Teresa del Niño Jesús, señalemos brevemente las aportaciones y matices con que ella la enriquece. Más cerca de nosotros en el tiempo, su modo de expresión está libre de ese barroquismo que se manifiesta en los escritos de otros devotos y que alcanza su máxima expresión en nuestro Padre Hoyos. Nada de esto se encuentra en Teresa cuya prosa sencilla se lee con agrado. Aparece también su profundo humanismo y el lector se consuela al ver en ella las mismas luchas y la misma impotencia que él también experimenta. Por todo ello Santa Teresa se hace amable. Ya lo había predicho ella cuando, al releer sus cuadernos en el lecho de muerte, decía a su hermana Paulina:

«Estas páginas serán muy edificantes... Todo el mundo me amará» (34).

Sabe penetrar a través del Corazón toda la vida intelectual y afectiva de Jesús, pero evita la imposición machacona del símbolo y toda repetición innecesaria de la expresión Sagrado Corazón, que constituye para muchos un obstáculo de esta devoción. Conocedora profunda del Corazón de Dios, sabe que este culto es el tesoro escondido del evangelio. Por eso el tratar de El exige un clima de fervor e intimidad que no se da en todas las ocasiones. Se sirve también, para llegar al Corazón, de la Santa Faz. Si el rostro es el espejo del alma, la faz del más hermoso de los hombres será también reflejo de un Corazón de belleza infinita. A través del rostro penetró hasta lo más íntimo del Corazón de Cristo, como él mismo lo atestigua, el santo portero San Alonso Rodríguez.

Teólogo profundo, alcanza por un lado la esencia última de la criatura, su contingencia. Y al encontrarse con su nada comprende que todo ha de recibirlo. Por eso, el trampolín para su salto de la nada hasta el Corazón de Dios es su confianza. Una confianza tanto más audaz cuanto mayor es el profundo sentimiento de su miseria. Por otro lado llega a la definición misma del Dios de la revelación: Dios es Amor. Y al examinar la conducta del Dios hecho hombre en el Evangelio, deduce por una inducción tan completa como puede desear que lo propio del Amor es abajarse. Ya está justificada su audacia. Cuando más deba abajarse Dios, más amor. Por eso ella no aspira a otra cosa que a ser un grano de arena escondido en la Santa Faz.

Las consecuencias de esta intuición teológica son fecundísimas. El no tener nada que ofrecer, no es un obstáculo, antes un estímulo, para una consagración que, hecha al Corazón de Jesús, es una consagración al Amor, que busca precisamente la nada. A este Amor responde Teresa no con una entrega de sierva como Santa Margarita, sino de esposa, que supone mucha mayor intimidad y confianza.

La reparación, el coco de la devoción, al ir precedida por la confianza, la hace El y nosotros ayudados por El. Así a la vez que se evita el peligro de propia suficiencia y de pelagianismo, se vence por el apoyo en El el temor de nuestra carne flaca al sufrimiento. Esta reparación es ante todo para

(31) Cartas, 71.

(32) O. C. Novissima Verba, p. 417.

(33) Cartas, 176, p. 341.

(34) O. C. Novissima Verba, p. 414.

Teresa consolar a Jesús. Y esta mística eminentemente objetiva entiende que consolar a Jesús es salvarle almas. En primer lugar las de los sacerdotes, pescadores de almas, atendiendo así a la eficiencia. Después las de los ateos y paganos que viven la noche de la fe. Todo ello muy conforme con el sentido religioso de nuestros días.

Finalmente, Teresa, guiada única y exclusivamente por el mismo Jesús, cuando el Amor pida una víctima, no se inmolará en el altar de la Justicia, como la santa de Paray le Monial, sino en el de la Misericordia. Pero ¿cómo concibe ella la Misericordia? Los grandes santos manejan conceptos mucho más ricos que los nuestros. El estudio profundo de San Pablo nos enseña que el concepto de Justicia de Dios, que él ofrece en sus cartas, está muy lejos del «sum cuique» que nosotros imaginamos. Lo mismo ocurre en Teresa. Su concepto de Misericordia no es un concepto estrecho de comprensión, que presupone miseria y acude a su remedio. Teresa habla de una miseri-

cordia identificada con el Amor, amplia, preveniente, que atiende no sólo la desgracia sino los mínimos deseos del alma, misericordia que se reconoce hasta en el gesto creador y en toda iniciativa divina.

La puerta, que es herida de ese Corazón que tanto ha amado a los hombres, no tiene ya las proporciones, enormes sí, pero limitadas que le señala la Justicia. La Misericordia dilatará hasta el infinito, no sólo la altura y la anchura del brocal, sino también la profundidad de ese inmenso abismo de Amor. Así, con esta proyección de infinitud, Santa Teresa del Niño Jesús se nos brinda hoy, aun a los más miserables pecadores, como guía experimentado y seguro, al par que atrayente «*Ut possimus comprehendere cum omnibus sanctis, quae sit latitudo, et longitudo, et sublimitas et profundum: Scire etiam supereminentem scientiae caritatem Christi, ut impleamini in omnem plenitudinem dei*» (35).

(35) Eph. 3, 18-19.

ESTA ES LA NECESIDAD MAS URGENTE DE NUESTRO TIEMPO: SOBRENATURALIZARLO TODO, INCLUSO EL ROMANO PONTIFICE. ESTA VIDA SOBRENATURAL ES LA QUE TRAE CONSIGO EL REINADO DE JESUCRISTO; ESTA ES LA QUE IMPLORA SIN DARSE CUENTA LA INDIGENCIA DE NUESTRO TIEMPO, ESTA ES LA QUE RECLAMA EL ALMA DE NUESTRA SOCIEDAD.

R. Orlandis, S.I.
(1 de noviembre de 1946)

SANTA TERESA DEL NIÑO JESUS Y EL MISTERIO DEL CORAZON DE CRISTO*

JESÚS SOLANO, S. J.

Pablo VI, en su carta del 2 de enero del año 1973, dirigida al obispo del Bayeux y Lisieux con ocasión del Centenario del nacimiento de Santa Teresa del Niño Jesús, escribía: «Llena de confianza ha alcanzado de un salto lo esencial de la Iglesia, el corazón de ésta, corazón que Teresa no ha separado del Corazón de Jesús. Que ella nos obtenga hoy a todos sus hermanos y hermanas católicos este amor a la Iglesia nuestra Madre».

La visión que del Corazón de Jesús tiene Santa Teresa es algo fundamental en el mensaje de ella, y es también algo de impresionante actualidad.

Nos limitamos a destacar dos aspectos que ella consideraba «diferentes» en su modo personal de comprender el Corazón del Salvador. Añadiremos una reflexión acerca del puesto que el Corazón de Jesús ocupa en el «Acto de ofrenda al Amor misericordioso».

I. EN LA CORRIENTE HISTORICA DE LA DEVOCION

La devoción al Corazón de Jesús en la forma clásica de Paray-le-Monial forma parte del ambiente en que se desarrolla la vida de Santa Teresa del Niño Jesús. Podía suponerse que así habría de ser en una familia intensamente católica de Francia a fines del siglo XIX.

En el viaje de 1887 a Roma, Celina recordará el 6 de noviembre la visita a la iglesia del Sagrado Corazón en París y la misma Teresa escribirá ese día que ha pedido «la gracia» para su prima Juana «en el Sagrado Corazón de Montmartre».

Sor María del Sagrado Corazón escribía por esas fechas desde el Carmelo a Teresita: «descansa en el Corazón del buen Jesús» (9 noviembre). Sor Inés de Jesús le escribía el 20 de noviembre: «... piensa que el corazón... desgarrado por las espinas está mil veces más cerca del Corazón del Niño Jesús...». En la misma carta ponía Sor Inés en boca del Niño Jesús estas palabras dichas a Teresa: «...en espera del Carmelo, haz tu retiro en mi Corazón». Parecida idea le repetirá Sor Inés en la carta del 23 de noviembre y Sor María del Sagrado Corazón el mismo día.

En octubre de 1890 se celebraba en Paray-le-Monial el segundo centenario de la muerte de Santa Margarita María (aún no canonizada). A su hermana Celina, que había ido allá en peregrinación, escribía Teresa poco después de haber hecho su profesión religiosa: «Pide mucho al Sagrado Corazón...». Y continúa tratando sobre su propio modo de ver el Corazón de Jesús. Al terminar la carta dice: «Estoy segura de que el Sagrado Corazón va a conceder a Leonia muchas gracias...» (14 octubre).

La hermana de la madre de Teresa fue religiosa de la Visitación y su propia hermana María Leonia, después de haber entrado en la Visitación dos veces, entrará definitivamente, después de la muerte de Teresa, en la Visitación de Caen.

Quien está algo familiarizado con los escritos de Santa Teresa del Niño Jesús sabe que en ellos son evidentes y fundamentales los rasgos de la devoción al Corazón de Jesús con las características de Paray-le-Monial: amor, confianza, sentido de intimidad con el Dios hecho hombre, reparación por los pecados, deseos de la Cruz, consuelo

* Publicado en *Teología y vivencia del culto al Corazón de Cristo*, vol. II, pp. 405-425.

a Jesús, celo por la salvación y santificación de los hombres, devoción a la Eucaristía.

Santa Teresa habla directamente del Corazón de Jesús no pocas veces, y así, en sus cartas encontramos reiteradamente la despedida: «Queda muy unida en el Corazón de Jesús...». Donde más aparece esta expresión es en sus poesías. Una de ellas, de 16 estrofas, está dirigida al Sagrado Corazón.

El ambiente afectivo en que creció Teresa y la frecuencia con la que ella usa el término «corazón» dejarían suponer que había de ser muy ordinario el que hablase del Corazón de Jesús. Sin embargo, en contraste con el modo de expresarse que tenían sus mismas corresponsales carmelitas, sorprende la relativa «austeridad» de Teresa en este punto, si prescindimos del lenguaje de sus poesías.

La explicación de este fenómeno curioso, por el que hallamos a Teresa también más próxima a nuestros gustos de hoy, quizás sea que para ella el Corazón del Señor significaba algo demasiado profundo y delicadamente íntimo, según aparece en el texto que vamos a reproducir en el párrafo siguiente.

II. «YO NO VEO EL SAGRADO CORAZON COMO TODO EL MUNDO»

Tales palabras fueron escritas por Sor Teresa a Celina en la ocasión del viaje de ésta a Paray-le-Monial: «Pide mucho al Sagrado Corazón. Tú sabes que yo no veo el Sagrado Corazón como todo el mundo. Pienso que el Corazón de mi Esposo es para mí sola, como el mío es para El solo, y le hablo entonces en la soledad de este delicioso corazón a corazón esperando contemplarlo un día cara a cara» (14 octubre 1890).

La relación de Teresa con el Corazón de Jesús no es la de quien se siente perdido en la masa de los fieles que acuden en peregrinación a orar a un santuario. Para ella la relación es de tal intimidad que le parece que el Corazón de su Esposo es para ella sola, como el suyo es para El solo. No es egoísmo en quien pedía a Jesús como la gran ilusión de su vida que Jesús amara a las almas que estaban encomendadas a Teresa, como Jesús amaba a la misma Teresa (1). Habla en Sor Teresa la

persuasión de la relación perfectamente «personal» e íntima con Jesús; a esta relación no son obstáculo alguno los demás.

Este rasgo tan acusadamente personal e íntimo es característico de Teresa. Ella reconocerá que Jesús fue su superior, su maestro de novicios y su director. Sor Teresa trataba de ser un libro abierto para sus superiores, pero en lo profundo de su espíritu, ella apreciaba la obra silenciosa de Aquél que la iluminaba y le hablaba interiormente (2). Cuando fue ayudante de la Maestra de Novicias sintió que «hacer el bien es cosa tan imposible sin el socorro del buen Dios como hacer brillar el sol en la noche», y así se volvió al Señor para que El le diera en cada momento el alimento que ella había de proporcionar a sus novicias (3).

Es inútil referir detalles particulares, pues la relación de intimidad personal de Teresa con Jesús domina toda su existencia: «Creo sencillamente que es Jesús mismo, escondido en el fondo de mi pobre y pequeño corazón, quien me concede la gracia de obrar en mí y me hace pensar todo lo que El quiere que yo haga en el momento presente» (4).

Debiera parecernos obvia semejante relación personal de amor con el Amor infinito, que es el fondo de nuestro propio ser, y del que sabemos que viene de modo nuevo al que cree en Jesús y le ama: «...y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos nuestra morada en él» (Jn 14,23).

Volver a encontrar, sin embargo, la «dimensión perdida» sería un signo del cristianismo en el mundo de hoy, al decir del conocido pastoralista alemán Josef Goldbrunner. Esta dimensión personal en el encuentro con Dios sería el remedio en la ausencia de esperanza y el camino que conduce a un cristianismo realmente vivido.

La frase de Santa Teresa que venimos comentando se refería a su visión diferente del Corazón de Jesús con respecto a ella. Pero podemos aplicar esas mismas palabras a la visión que tiene la Santa de lo que es Jesús en sí mismo. Ella, en efecto, no veía al Señor como los demás. Tocamos aquí el fondo de la imagen que se ha formado Teresa de lo que es el Corazón de Jesús. Esta vivencia espiritual de la Santa, dada a conocer a través de sus escritos, ha influido decisivamente en la devoción misma al Corazón de Jesús en el siglo xx.

(1) O. C. Consejos y Recuerdos, n. 11. Usamos para las cartas la edición de COMBES, Lisieux, 1947. Para el resto de los escritos, la de Obras Completas del P. Bruno de Can José, Burgos, 1943.

(2) Cartas, 220, p. 412.

(3) Cartas, 81.

(4) Cartas, 84.

Dios comunicó a Teresa luces singulares respecto al amor misericordioso que el Señor tiene para con los débiles y pecadores. Por eso ella comprendió de modo nuevo la necesidad de amar a Jesús y de confiar en El. La Santa se sintió llamada a ir a Jesús y de confiar en El. La Santa se sintió llamada a ir a Jesús «por el ascensor del amor» y no «por la ruda escalera del temor» (5). La clave de su vida fue una confianza desbordante en Dios, y esa confianza, dirá ella unas semanas antes de morir, no se debía a que se creyera inocente: «...aunque hubiera cometido todos los crímenes posibles, tendría la misma confianza; siento que toda esa multitud de ofensas sería como una gota de agua echada en un brasero ardiente» (11 julio).

Tres pasajes típicos nos aclararán el pensamiento de Santa Teresa del Niño Jesús, por más que ella afirme no saber explicarse.

En una de sus últimas cartas escribe la Santa: «Quisiera intentar haceros comprender por medio de una comparación muy sencilla cuánto ama Jesús a las almas, aun imperfectas, que se confían a El. Supongo que un padre tiene dos hijos traviosos y desobedientes, y que, al ir a castigarlos, ve que uno tiembla y se aleja de él con terror, temido, sin embargo, en el fondo del corazón el sentimiento de que merece ser castigado; su hermano, al contrario, se arroja en los brazos del padre, diciendo que siente haberlo disgustado, que lo ama y que, para probarlo, de ahora en adelante se portará bien. Después, si este hijo pide a su padre que lo «castigue» con un «beso» no creo que el corazón del padre dichoso pueda resistir a la confianza filial de su hijo, cuya sinceridad y amor le son conocidos. No desconoce, sin embargo, que más de una vez su hijo caerá en las mismas faltas, pero está dispuesto a perdonarlo siempre, si siempre su hijo «lo toma» por «el corazón...» (18 julio 1897).

Entre las líneas finales de su manuscrito, trazadas a lápiz porque a la Santa le faltaban las fuerzas para la pluma, leemos: «...pero sobre todo imito la conducta de Magdalena, su chocante o más bien su amorosa audacia, que encanta el Corazón de Jesús, y seduce el mío. Sí, lo siento; aun cuando tuviera sobre la conciencia todos los pecados que se pueden cometer, iría con el corazón partido de arrepentimiento a arrojarme en los brazos de Jesús, pues sé cómo acaricia El al hijo pródigo que vuelve a El...». La escena de la pe-

cadora (la Magdalena) hace también a Teresa referirse directamente a «la misericordia del Corazón de Jesús», a «este Corazón de amor» en una carta fechada por estos mismos días (21 de junio de 1897).

La enferma no puede ya escribir, pero insiste con la Madre Inés para que ésta cierre el cuaderno, que Teresa ha dejado inacabado, con «la historia de la pecadora convertida, la cual murió de amor». Y dicta a la Madre Inés: «Se refiere en la vida de los Padres del desierto que uno de ellos convirtió a una pecadora pública, cuyos desórdenes escandalizaban toda la región. Esta pecadora, tocada de la gracia, seguía al Santo al desierto para cumplir allí una rigurosa penitencia, cuando, la primera noche de camino, antes aún de haber llegado al lugar de su retiro, se rompieron sus lazos mortales por la impetuosidad de su arrepentimiento lleno de amor, y el solitario en el mismo instante vio su alma llevada por los ángeles al seno de Dios. Este es un ejemplo bien impresionante de lo que yo quisiera decir, pero estas cosas no pueden expresarse...» (6).

III. ACTO DE OFRENDA AL AMOR MISERICORDIOSO

El equipo de religiosos y religiosas franceses que trabaja en la edición crítica llamada «del Centenario», acaba de publicar en 1972 la *Historia de un alma*. Manuscritos autobiográficos (Cerf-Desclée de Br.). El capítulo VIII, con el que se cierra el Ms. A., dedicado por Teresa a la Madre Inés de Jesús, lleva como encabezamiento general «Hacia la ofrenda al amor». Este acto es, en efecto, una cumbre en la vida de Santa Teresa del Niño Jesús. La Santa lo describe en el contexto de la gracia que recibió el 9 de junio de 1895, «gracia de comprender más que nunca cuánto desea Jesús ser amado» (7). Después de haber realizado este acto, reconoce la Santa «los ríos o más bien los océanos de gracias que han venido a inundar mi alma», y en sus últimos días (7-VII-1897) recordará a M. Inés el fuego de amor experimentado por única vez en su vida después de haber hecho su Acto de ofrenda.

Los dos aspectos que acabamos de considerar dentro de la visión «diferente» de Santa Teresa alcanzan en este acto su máxima expresión: per-

(5) O. C. Poesías, p. 695.

(6) Cartas, 48.
(7) Cartas, 224, p. 416.

sonalismo en la relación con el Señor y característica comprensión del amor del que desborda el Corazón de Jesús.

La intuición fundamental ha sido expuesta por la misma Santa en el pasaje citado del manuscrito dedicado a la Madre Inés.

Dentro de la tradición religiosa de su ambiente, aún en la misma práctica Parediana de la devoción al Corazón de Jesús, e incluso y en forma absorbente en la espiritualidad que se vivía a la Justicia divina que castigaba los pecados de los hombres. Muchas personas se ofrecían como víctimas a la Justicia de Dios, a fin de reparar la ofensa divina y librar a los culpables de los castigos que habían merecido. Teresa considera tal ofrecimiento «grande y generoso», pero está lejos de sentirse llevada a hacerlo.

Piensa ella que si Dios acepta a quienes se inmolan como víctimas a la Justicia, «¿no tendrá también necesidad de víctimas el Amor misericordioso?». Este Amor divino es desconocido y rechazado; los corazones a los cuales desea prodigarse, se vuelven a las criaturas y no aceptan el Amor infinito de Dios.

Es genial la visión de Teresa, que tan sencillamente vuelve los ojos a lo que más había destacado la revelación cristiana: «Dios es amor» (1 Jn 4,8.16). ¿Cómo le ha sido posible descubrir un horizonte distinto del que contemplaba todo el mundo en el medio ambiente en el que ella estaba moral y materialmente «encerrada»? Esta fue la obra de su «Director», como designaba ella a Jesús.

Lo más nuevo y lo más genial no es, sin embargo, esto que ha de considerarse como un redimensionar la generosidad cristiana a base de los datos en sí tan claros de la misma Sagrada Escritura del Nuevo Testamento.

Teresa ve que el Dios tan bueno que ella conoce se siente como violento —si hemos de hablar de Dios con nuestras pobres palabras— al no poder comunicar su amor a las criaturas, porque éstas no quieren «aceptarlo». Dice Teresa a Dios: «...me parece que seríais dichoso si no hubiérais de reprimir las oleadas de infinitas ternuras que hay en Vos...» (8). Por eso: «...me ofrezco como víctima de holocausto a vuestro Amor misericordioso, suplicándoos que me consumáis sin cesar, dejando desbordar en mi alma las oleadas de ternura infinita que se hallan encerradas en

Vos, y que así llegue yo a ser Mártir de vuestro Amor, ¡Dios mío!...» (9).

Se trata de «un acto de Amor perfecto», como dice la Ofrenda. En la Iglesia muchos fieles han amado a Dios por Dios mismo, sin mezcla de interés propio, con amor puro o de caridad perfecta. Lo nuevo, estimo, es el matiz tan delicadamente personal de concebir esta ofrenda directamente como un dar a Dios el gusto de no estar violentado sino de actuar en total armonía con lo que a El más le va, a saber, dejar a su Amor desbordarse sobre los hombres.

En concreto significará esta ofrenda aceptar por entero la voluntad del Señor vista como manifestación del Amor divino, no poner el amor sino en Dios, y contar particularmente con una inmensa participación en el sufrimiento como medio para salvar a los hombres, ya que el Salvador así realizó su obra.

El día de su muerte por la tarde, dirá la Santa: «Y no me arrepiento de haberme entregado al Amor. Al contrario». Y un rato después: «Jamás hubiera creído que era posible sufrir tanto; jamás, jamás. No puedo explicármelo sino por los ardientes deseos que he de salvar almas.»

La relación de este Acto de ofrenda con el Corazón de Jesús la ha establecido la Santa misma. Es notable cómo ella, sin solución de continuidad, de la «Trinidad bienaventurada», a la que se dirige al principio del Acto, pasa a hablar al Esposo, a quien ruega que permanezca en ella como en el tabernáculo y del cual dice que volverá con el cetro de la Cruz y que conserva en el cielo las llagas de su pasión.

En este Acto pedía la Santa a Dios que no la mirara sino «a través de la Faz de Jesús y en su Corazón ardiendo de Amor». La finalidad de su vida la presentaba ella: «Quiero trabajar por vuestro *solo Amor*, con el único objeto de agradaros, de consolar vuestro Sagrado Corazón y de salvar las almas que os amarán eternamente». La explicación de esta su ofrenda, que ella nos ofrece en el pasaje citado del Ms. A., formula esta pregunta: «Dios mío, vuestro amor menospreciado ¿va a quedarse en vuestro Corazón?»

Ve Santa Teresa expresamente el Corazón de Jesús rebosante de Amor misericordioso, y el consuelo que ella se ofrece a dar a este Corazón es el de dejar a Jesús que la ame cuanto El desea.

(8) Cartas, 225, p. 418.

(9) O. C. H.^a de un alma 9, 16.

IV. DENTRO DE LA PARADOJA EVANGELICA

La historia de la devoción al Corazón de Jesús encuentra en esta que se siente «la más pequeña de todas las almas» (10), una confirmación impresionante de lo que había dicho el Señor: «...has revelado estas cosas a los pequeños» (Lc 10,21). «La ciencia del amor», que Sor Teresa reconoce haber aprendido «no por medio de libros» sino por la secreta instrucción del Señor (11), le ha descubierto nuevas profundidades en el Amor misericordioso de Dios y en lo que es el Corazón de Cristo. Este descubrimiento de matices tan delicados en el Amor divino como misericordia para con los débiles y pecadores, es tanto menos explicable en Teresa, cuanto que ella tiene conciencia de haber sido «prevenida» por la misericordia de Dios (12) y, de hecho, la Santa constituye un caso de fidelidad singular aun dentro de la hagiografía.

Con esta su visión del Amor misericordioso ha podido Teresa completar y, en buena parte rectificar, la presentación que se venía haciendo de la reparación al Corazón de Jesús. Santa Teresa ha reorientado decididamente hacia el Amor, aquella co-

(10) O. C. Novissima Verba, p. 472.

(11) O. C. Poesías, p. 672.

(12) Id., p. 650.

rriente admirable de generosidad reparadora, que se encontraba limitada estrechamente por la visión de la justicia divina.

En una pureza y profundidad de síntesis teológicas que no sabemos hubieran sido alcanzadas antes de Teresa ni superadas después de ella, intuye la Santa que el Amor misericordioso tiene la iniciativa de cuanto bueno se realiza por la creatura, que es tal su deseo de comunicarse por amor que su gozo es amar, que la creatura, en cambio, no acepta tantas veces ese Amor o sólo muy parcialmente; el consuelo, pues, que podremos dar al Corazón de Jesús será no «obligarle» a tener remansado su Amor sino «dejarle» amarnos cuanto El desea.

Sin esfuerzo viene al pensamiento el recuerdo de aquel «gozo exultante» de Jesús, al reconocer que el Padre ha escondido «estas cosas» a los sabios y las ha descubierto a los «muy pequeños» (Lc 10,21). La Madre de Jesús había también «exultado de gozo» al comprender que Dios había puesto sus ojos en «la bajeza» de ella (Lc 1,47-48). Teresa, aplicando a sí misma las palabras del Maestro: «...venid a mi escuela... y encontraréis alivio para vuestras almas» (Mt 11,29), añadía en conversación de despedida a la Madre Inés: «alivio para vuestras almas *pequeñas*» (15-V-1897).

SANTA TERESITA NO SERMONEA INCESANTEMENTE SOBRE LA UTILIDAD Y NECESIDAD DE LA DEVOCION AL CORAZON DE JESUS; TAMPOCO TEORIZA SOBRE LOS PRINCIPIOS DOGMATICOS Y ESPIRITUALES EN QUE TAL DEVOCION SE FUNDA. PERO DE LA LECTURA DE SUS ESCRITOS NACE ESPONTANEAMENTE EN EL ALMA, TAN SANTA, DULCE Y SALVADORA DEVOCION, PORQUE EL ESPIRITU VERDADERO DE LA MISMA UNGE Y EMBALSAMA SUS PALABRAS Y EN ELLAS EL ALMA QUE ANTES NO CONOCIA EL AMOR, LO SIENTE, LO VE Y LO GUSTA.

R. Orlandis, S.I.
(Escrito en 1934)

Santa Teresa del Niño Jesús y el Apostolado de la Oración

MIGUEL NICOLAU, S. I.

El impulso misionero

Es sabido que el Apostolado de la oración nació de la dinámica misionera que albergaba el Escolasticado jesuita de Vals-près-le Puy en Francia. El 3 de diciembre de 1844 el P. Espiritual de aquella Casa de formación, el P. Javier Gautrelet, pronunciaba ante aquellos estudiantes una de las exhortaciones habituales que le correspondía tener. Era el día de San Francisco Javier, y aquellos jóvenes jesuitas, a quienes llegaban frecuentemente noticias del ardor misionero de sus hermanos mayores de la Compañía de Jesús en el mundo entero y precisamente en aquella primera mitad del siglo XIX, que vivían después de la restauración (1814) de la Orden ignaciana, aquellos jóvenes que ardían en fuego apostólico, sentían la llamada misionera. Querían emular las hazañas de sus mayores...

Pero estaban concentrados en una Casa de estudios, y una de las reglas de los estudiantes les decía que «así como debían evitar que con el calor de los estudios se entibiase el amor de las sólidas virtudes y de la vida religiosa, así también debían persuadirse que no podían hacer cosa más grata a Dios en tiempo de estudios que, con la intención recta de que había hablado, se aplicasen con diligencia a los estudios...» (*Regulae scholarum* n.2). ¿Cómo podrían conciliar aquellos futuros apóstoles el fervor de los estudios con el amor y cuidado de las sólidas virtudes y con el celo misionero?

El P. Gautrelet ponderó el valor de la oración para la salvación de los prójimos, el valor de la vida y obras ordinarias convertidas en oración y ofrecidas por el Reino de Cristo... *Aquel día había nacido el Apostolado de la oración...*

Este pensamiento respondía al ideal que, ya antes, San Ignacio había propuesto a los estudiantes jesuitas del colegio de Coimbra (7 de mayo 1547):

«...Y en este comedio que el estudio dura, no

os parezca que sois inútiles al prójimo; que, ultra de aprovecharos a vosotros, como lo requiere la caridad ordenada, miserere animae tuae timens Deum [apiádate de tu alma reverenciando a Dios: Eccli 30,24] le servís a honra y gloria de Dios en muchas maneras:

La primera, con el trabajo presente y la intención con la cual le tomáis y ordenáis todo a su edificación; que los soldados cuando tienden a abastecerse de armas y municiones para la empresa que se espera, no se puede decir que su trabajo no sea en servicio de su príncipe... Mas, ultra de la intención de adelante, debería cada día ofrecerse a Dios por los prójimos; que siendo Dios servido de aceptarlo, no menos podría ser instrumento para ayudar al prójimo, que las prédicas o confesiones... El cuarto modo de ayudar a los prójimos, y que mucho se extiende, consiste en los santos deseos y oraciones. Y aunque el estudio no os dé tiempo para usarlas muy largas, puede en deseos recompensarse el tiempo a quien hace oración continua de todos sus ejercicios, tomándolos por sólo servicio de Dios.»

Pues bien, a Santa Teresa del Niño Jesús, a la humilde carmelita de Lisieux, encerrada en su convento, también le estaban vedadas las grandes misiones en el mundo de los gentiles; no podía salir de sus muros conventuales...; y, sin embargo, ardía en deseos de hacer algo grande por el Reino de Dios. Deseaba *hacerlo todo y darlo todo* por el Reino de Dios, por el Cuerpo místico de Jesucristo.

Ella no se encontraba en los oficios y carismas que enumera San Pablo en el capítulo 12 de la primera Carta a los Corintios. Porque no era de los apóstoles, que llevan el evangelio a lejanas tierras y a Iglesias por fundar; no era de los doctores que enseñan; no era de los profetas, que por instinto divino hablan de las cosas de Dios a la comunidad; no era de los que gobiernan y administran...; ni de los que sanan los enfermos...

Era una humilde carmelita de clausura. Pero dio al fin con una solución: «Yo seré y soy el amor que lo mueve todo».

«Analizando el Cuerpo místico de la santa Iglesia, no me veía incluida en alguno de los miembros citados por San Pablo, o más bien, pretendía reconocerme en todos. La caridad me dio la clave de mi vocación. Entendía yo que, si la Iglesia posee un cuerpo compuesto de diferentes miembros, no podía faltarle el más necesario, el más excelente de todos los órganos; pensaba que ella tenía un corazón y que este corazón ardía en llamas de amor. Veía claro que sólo el amor pone en movimiento sus miembros, porque, si el amor se apagara, los apóstoles no anunciarían el Evangelio, los mártires renunciarían verter su sangre... Comprendí que el amor abarca todas las vocaciones, que el amor lo es todo, que el amor trasciende todos los tiempos y todos los lugares, porque es eterno.

Entonces, delirante de gozo, exclamé: ¡Oh, Jesús, mi amor! Por fin he comprobado mi vocación: mi vocación el AMOR. Sí: he encontrado mi lugar en el seno de la Iglesia, y este lugar ¡oh Dios mío! es el que Vos me habéis señalado: en el corazón de la Iglesia, mi Madre, yo seré el AMOR... Así lo seré todo... Así mis ensueños serán realidad...» (Historia de un alma, c.10, n.11-16).

Para dar fecundidad al trabajo ordinario de cada día hay que amar a Dios, amar a Jesús en él, ofrecerlo a El con amor. Es lo que hizo Santa Teresa de Lisieux. Escribe, en efecto más adelante:

«Lo que yo pido es el amor. No sé más que una cosa: amaros, Jesús mío. Me están prohibidas las obras brillantes, no puedo predicar el Evangelio, derramar mi sangre... ¿Qué importa? Mis hermanos trabajan en mi lugar; y yo, muy niña, me sitúo próxima al trono real: amo por los que combaten...» (Hist. de un alma, c.11, n.19).

Amar y orar por los que combaten. Es el oficio de las carmelitas de clausura. Es el oficio del Apostolado de la oración.

La reparación

El ofrecimiento de obras del Apostolado de

la oración va encaminado a *reparar* las ofensas inferidas al Corazón de Jesucristo, en particular, las dirigidas contra esta manifestación eximía de amor, la Santísima Eucaristía. Es una reparación que, aunque en sí es acto de compensación y de justicia, viene *imperada por la caridad*, por un amor de correspondencia por tantos bienes y dones recibidos; y por un amor de compensación, resarcimiento y reparación.

Parecen también al caso las palabras de San Ignacio a los escolares de Coimbra, que fácilmente el P. Gautrelet pondría alguna vez ante los ojos de sus estudiantes de Vals. Escribía así San Ignacio en la llamada carta de la perfección (7 de mayo 1547):

«Pero sobre todo querría os excitase el amor puro de Jesucristo y deseo de su honra y de la salud de las ánimas que redimió, pues sois soldados suyos con especial título y sueldo en esta Compañía; digo especial, porque hay muchos otros generales, que cierto mucho os obligan a procurar su honra y servicio...»

Pues si la obligación conocéis y deseáis emplearos en adelantar esta su honra, en tiempo, sí, estáis que es bien menester mostrar por obras vuestro deseo. Mirad dónde sea hoy honrada la Divina Majestad, ni dónde acatada su grandeza inmensa; dónde conocida la sapiencia y dónde la bondad infinita; dónde obedida su santísima voluntad. Antes ved con mucho dolor cuánto es ignorado, menospreciado, blasfemado su santo Nombre en todos lugares; la doctrina de Jesucristo es desechada, su ejemplo olvidado, el precio de su sangre en un cierto modo perdido de nuestra parte por haber tan pocos que dél se aprovechen...»

La Santa Carmelita de Lisieux dirige su vida entera a la reparación de los pecados y a la conversión de los pecadores.

Fue el 9 de junio de 1895, fiesta de la Santísima Trinidad, cuando después de la comunión sintió los impulsos del amor misericordioso de Jesucristo y —escribe ella— raptada por el Aguila divina, sintió que Jesús la tomaba como víctima. Por eso, después de pedir la bendición de la Priora, su hermana Paulina, la Madre Inés de Jesús, hizo aquel «Acto de ofrecimiento de mi misma como víctima de holocausto al Amor misericordioso». He aquí algunas de sus bellas, apasionadas y atormentadas frases; dulcemente atormentadas por exigencias de amor:

«Para vivir en un acto de perfecto amor, me ofrezco como víctima de holocausto a vuestro amor misericordioso, suplicándoos que me consumáis continuamente, dejando desbordar en mi alma los raudales de infinita ternura que en Vos se encierran. Sea yo de este modo, ¡oh Dios mío! mártir de vuestro amor...»

Quiero, ¡oh Amado mío!, en cada latido de mi corazón renovaros esta ofrenda infinitas veces, hasta que desvanecidas las sombras pueda expresaros de nuevo mi amor cara a cara eternamente» (Historia de un alma; cf. I. Casanovas. *El alma de S.T. del N.J., Barcelona 1942, p. 196-198*)

Y firma o rubrica este Acto de ofrecimiento, con la humildad profunda, que es el sello de las obras de la gracia de Dios, «*María Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz, religiosa carmelita indigna*».

Santa Teresita supo de un ajusticiado a muerte que recalcitaba ante el pensamiento de recibir los últimos sacramentos y de la conversión. La Carmelita de Lisieux pidió al Señor la conversión de este pobre pecador, y obtuvo de Jesús la conversión por la que suplicaba. ¿Quién podrá enumerar las conversaciones de pecadores, a la vida de la gracia; las *conversiones segundas* (en expresión del P. Luis de Lallement) a una vida fervorosa y de santidad; las transformaciones de las almas a una vida heroica... obtenidas por el gratuito auxilio del Señor poderoso mediante la vida oculta a los ojos de los hombres, pero patente a las miradas del Rey, la vida de esas almas contemplativas y amantes, que *aman por los que combaten*?

La confianza

Decía el P. Ramière, en el sermón predicado en Bilbao el año 1883 (edición de *El Mensajero*, p. 14), que el Apostolado de la oración es «la forma más perfecta de la devoción al Corazón de Jesús, a la cual da al mismo tiempo toda la verdad de su objeto, toda la perfección de su fin y toda la solidez de su organización». Nosotros concluíamos en un trabajo sobre *La consagración al Corazón de Jesús y el Apostolado de la oración*, que «el Apostolado de la oración, sólo con la consagración reparadora, que supone y practica en su primer grado, y renueva y practica cada día, es

aptísimo para promover en los individuos íntima y eficazmente la devoción al Corazón de Jesús en lo que ésta tiene de más *fundamental y específico* [La consagración y la reparación]. De ahí que difundir el Apostolado es difundir la devoción al Corazón de Jesús, y si se quiere difundir la devoción al Corazón de Jesús, será medio efficacísimo difundir el Apostolado» (Manresa 18 [1946] 150).

Ahora bien, en la devoción al Corazón de Jesús, tan propia del Apostolado de la oración, una nota capital es la confianza en el mismo Corazón. Esta devoción es aptísima para vivir una intensa vida de segura y gozosa confianza en El. ¿Quién no recuerda las conocidas promesas del divino Corazón, que mueven todas ellas a una vida de confianza ilimitada en El?: «Les daré las gracias necesarias para su estado... Los consolaré en todas sus necesidades... Seré su refugio seguro durante la vida, y en particular en la hora de la muerte... Bendeciré todas sus empresas... Los pecadores encontrarán en mi Corazón la fuente y el océano inmenso de la misericordia... Las almas tibias se harán fervorosas... A los sacerdotes les daré la gracia de mover los corazones más duros... Los nombres de aquéllos que propaguen esta devoción estarán escritos en mi Corazón, y jamás serán borrados de él...» (2).

Y no es de extrañar que, si uno se porta con Jesús como buen amigo, reparando las ofensas que se le hacen y velando por su honor, cuidando de las cosas de El, no es de extrañar que Jesús, cuide a su vez de las cosas del amigo. «Cuida tú de mí y de mis cosas; que mi Corazón cuidará de las tuyas» (Al P. B. de Hoyos, *Vidal* por J. E. Uriarte. p.3, c.2, Bilbao 1888, p.239).

Pues bien, Santa Teresa del Niño Jesús es la dulce santa de la confianza en Dios. Con la confianza de un niño en los brazos de su poderoso padre.

Había leído en el evangelio que «si no os hicieris como niños, no entraréis en el Reino de los cielos» (Mt 18,3); y ella vivió y propagó en las almas a su cuidado, y en los lectores de sus escritos sigue difundiendo, este espíritu de confianza de hijos en el Padre que está en los cielos. Y así confiaba «no porque ella fuese inocente (que sí lo era), sino porque Dios era inmensamente misericordioso» —como se expresó en alguna ocasión...

Son muchas las almas que, al ejemplo de Santa Teresa de Lisieux, se han movido a la confianza evangélica, que Jesús tanto ha predicado. Porque

el Corazón de Jesús es *todopoderoso*, y *puede* remediar mis miserias y necesidades; porque es también *misericordioso*, y *quiere* hacerme el bien con largueza; porque *es fiel* a sus promesas, y da a todos con abundancia, sin reprochar porque le pidan... Aquí están los tres atributos divinos que fundamentan la virtud *teologal* de la confianza; porque la confianza no es sino la virtud teologal de la *esperanza en cuanto que ésta es erección de ánimo*.

La sencillez y la solidez

Los elementos que conforman el Apostolado de la oración y que se concentran y condensan en el ofrecimiento cotidiano de las obras y padecimientos, son de una *sencillez maravillosa*: son un *amor de correspondencia* al Corazón de Jesús; un *amor de reparación* con el trabajo y ocupaciones ordinarias, y con el sacrificio y la pequeña o grande cruz de cada día; ofrecido todo ello al Eterno Padre y a Jesús en el Espíritu Santo, en unión con las intenciones del Corazón de Jesucristo.

Incluye también este ofrecimiento un ardor apostólico y la oración por las intenciones señaladas por el Supremo Pontífice para el bien de toda la Iglesia...; y todo ello por el mejor camino que es el Inmaculado Corazón de María...

Es una maravilla la sencillez tan popular que alcanza este ofrecimiento de obras; sencillez maravillosa —como hemos dicho—; pero, al mismo tiempo, con una solidez de construcción, que está a la misma altura de su maravillosa sencillez.

Por esto, *la fórmula ascética del ofrecimiento de obras del Apostolado de la oración*, condensando los elementos más sólidos, sencillos y eficaces del cristianismo, *la creemos aptísima para elevar a las almas, aún las sencillas y populares, a grande y altísima santidad*... Se funda en la caridad, y en la unión con las intenciones de Jesús, por medio de María...

Santa Teresa del Niño Jesús tiene también una fórmula de santidad, «*un caminito*», que es sencillo, fácil y seguro; *sencillo y sólido. Hacerse como niños* (humildad, que es la base sólida de la vida espiritual); *confiar en la providencia del Padre que está en los cielos* (vida de fe y esperanza teologal); *aceptar con amor las alegrías y pequeñas cruces que nos depara su providencia* (es vida

de caridad en el gozo y en la inmolación...)

¿Cabe algo más sencillo y más sólido o seguro?

Son de considerar las palabras que *Pío XII* dirigió al Obispo de Bayeux y Lisieux, en 1947, con ocasión del Congreso nacional francés acerca del «Camino de la infancia espiritual». No han perdido actualidad:

«...Muchos se imaginan que hay aquí un camino especial, reservado a las almas inocentes de jóvenes novicias para guiarlas solamente en los primeros pasos, y que no conviene a personas ya maduras que tienen necesidad de mucha prudencia, dadas sus grandes responsabilidades. Pero es olvidar que el mismo Nuestro Señor ha recomendado este camino a todos los hijos de Dios, aun a aquéllos ba, la más alta de las responsabilidades: la de las almas.

Se olvida también y demasiado frecuentemente que, para ver claro en la complejidad de los asuntos que atormentan hoy a la humanidad, es preciso, junto con la prudencia, tener aquella superior simplicidad que comunica la sabiduría, y que Santa Teresa de Lisieux nos manifiesta de la manera más amable y con un atractivo profundo que ejerce sobre todos los corazones. El mundo actual desviado por tantas causas, pero en particular por el orgullo de sus descubrimientos científicos, por su exclusiva preocupación de los bienes terrestres y por los conflictos de intereses que de ahí resultan, tiene en gran manera necesidad de entender este mensaje de humildad, de elevación sobrenatural y de simplicidad.»

Conclusión

Quien coteje los *pensamientos fundamentales del Apostolado de la oración*, que hemos expuesto, con *las notas características de la espiritualidad de Santa Teresa del Niño Jesús*, fácilmente advertirá la coincidencia de aquéllos con éstas; y admirará la perfección y la santidad con que los ha practicado y enseñado a la Iglesia la dulce Santa de Lisieux.

¿Quién se sorprenderá, si el Apostolado de la oración la considera como Patrona suya principal con San Francisco Javier?

BIBLIOGRAFIA

GERARDO MANRESA

A LITTLE WAY TO GOD.

St. Theresa of Lisieux and the Sacred Heart of Jesus. Gaston Roberge S. J. Gujarat Sahitya Prakash. Anand, India 1984.

El libro que ha llegado a nuestras manos, escrito en la India por el P. Roberge, nos ha permitido confirmar y dar nuevas razones a la idea, que desde hace años hemos expuesto en nuestra revista, de que Sta. Teresa de Lisieux debería ser proclamada patrona del Apostolado de la Oración.

El P. Gaston Roberge es un jesuita nacido en Montreal (Canadá) en 1935 que desde hace años ha estado leyendo y profundizando los manuscritos, cartas y poesías de la santa. Ingresó en la Compañía de Jesús al finalizar los estudios de letras clásicas en la Universidad de Montreal en 1956 y a los cuatro años (1960) solicitó ser enviado a la India donde lleva veinticuatro años desarrollando su labor apostólica. En 1970 inaugura en Calcuta un centro de comunicación social llamado Chitrabani, que dirige en la actualidad.

La primera época: La Preparación

La lectura del libro representa para el lector un abismarse en la doctrina y la figura de la santa y como consecuencia se traduce en una mayor voluntad de amar al Divino Corazón.

Hecho este inciso pasamos a comentar las principales ideas que expone el autor en el libro.

El P. Roberge reconoce en la vida de Teresa una evolución que se refleja en sus escritos y en su espiritualidad. La vida de Teresa tiene para el autor tres fases bien diferenciadas.

La primera época comprende lo que la santa titula en su primer manuscrito sus primeros recuerdos, y los años dolorosos hasta la noche de Navidad del año 1886 en que ocurre lo que Teresa llama su «completa conversión».

En esta época de su vida, después de la muerte de su madre, Teresa cambia su carácter infantil, alegre y comunicativo por otro tímido, dulce y sensible. Este cambio lo examina el autor concluyendo que no fue tanto la muerte de su madre lo que le produjo este cambio sino la irrupción de la muerte en su vida. Este hecho lo recuerda

quince años más tarde ante el ataúd de la madre Genoveva.

Después de este cambio de carácter, Teresa se siente realmente como una pequeña flor que no se aclimata; se siente como en exilio en la tierra, a pesar de los cuidados amorosos de su padre, de las celebraciones familiares, de las salidas en familia. Pero también en esta época forma un hábito de sincera piedad, aprende a conocer el poder de la oración y empieza a ofrecer su corazón a Dios. El amor que le profesa su padre le hace comprender que Dios es «como una madre-cita que educa las almas con amor y delicadeza, pero sin estropearlas».

Este período de la vida de Teresa es de aprendizaje en el sufrimiento. Se inicia con la realidad de la muerte y es seguido por otros muchos que le enseñan su propia debilidad y que su corazón, que está hecho sólo para amar, solamente puede ser llenado por Dios.

La segunda época: La Conversión

Para Teresa, la noche de Navidad de 1886 es la noche de su «completa conversión», «en que se me concedió la gracia de salir de la infancia». Con ella se inicia la que el autor llama la segunda época de la vida de la santa. Esta se prolonga hasta el día del ofrecimiento al Amor Misericordioso, aunque cabe distinguir un primer período hasta la entrada en el Carmelo.

Con relación a esta «completa conversión», el P. Roberge considera que aparte de lo sucedido la noche de Navidad existieron, tanto antes como después, toques internos en el alma de Teresa, la sonrisa de la Virgen, la primera comunión y las gracias recibidas los años siguientes, que facilitaron y completaron lo que ella considera ser un hecho de un momento.

Con este cambio, dice Teresa en sus escritos, «comenzó el período más hermoso de todos, el más lleno de gracias del cielo». En él confirma su vocación y sus ansias de entrar en el Carmelo a edad tan temprana nadie acaba comprenderlas, salvo su «madrecita». Finalmente a los quince años ingresa carmelita.

En los primeros años de su estancia en el Carmelo se va desarrollando su devoción a la Sta.

Faz a través de la gracia y el sufrimiento. Desde su entrada en el convento han vuelto a comenzar los sufrimientos. El autor comenta que es posible que la enfermedad de su padre y el recuerdo del sueño profético hayan contribuido a aumentar esta devoción en Teresa. Esta devoción es para ella el resumen de la Pasión de Cristo y le hace desear «ser ignorada y tenida en nada, poner la propia alegría en el desprecio de sí misma...», al igual que Dios, que por amor se ha hecho nada por nosotros.

La labor apostólica de Teresa el día de su entrada en el Carmelo le era ya conocida: «mi misión será salvar almas y especialmente rezar por los sacerdotes». Jesús le hizo comprender que quería darle las almas por el sufrimiento. En sus poesías y cartas va explicando estas ansias apostólicas y de sufrimiento.

La tercera época: El Ofrecimiento

La tercera época de la vida de la santa, según el P. Roberge, se inicia con el ofrecimiento de sí misma como víctima al Amor Misericordioso el domingo de Trinidad del año 1895 finalizado con su muerte en 1897.

Hace observar en esta época el autor, la íntima unión alcanzada por Teresa con el Corazón humano de Dios, la posesión eterna del mismo Dios, el diálogo eterno de corazón a corazón. Teresa se abandona totalmente al Amor Misericordioso y una vez entregada totalmente, no con una consagración sino con un ofrecimiento que se renueva a cada instante, el P. Goberge dice que la santa «descubre» el Corazón de Cristo, el de la Iglesia, el de María y el de cada prójimo. Al usar el término «descubrir», aclara el autor, no pretende decir que los ignoraba antes, sino que «el entendimiento que de ellos alcanza han ganado tanto en profundidad y extensión que cree justificado hablar de «descubrimiento».

El descubrimiento del Corazón de Jesús se puede observar en las cartas y poemas que escribe entre junio de 1895 hasta octubre de 1896. Una vez abandonada al sueño de amor en el acto de su ofrecimiento, Teresa descubre «el manantial de todo amor en el Corazón de Cristo».

La devoción de Sta. Teresa al Corazón de Cristo es tan central en su espiritualidad y a su mensaje, dice el autor, que su particular forma de devoción se aprecia mejor en una vista general de su espiritualidad.

Este abandono en el Corazón de Dios permi-

tirá que, a través del sueño que ella narra en su segundo manuscrito de la noche del 10 de mayo, vaya desarrollándose en Teresa la dimensión comunitaria de su amor que finalmente descubre ubicado en el Corazón de la Iglesia. Para Teresa el Corazón de la Iglesia es el Corazón del Cristo místico.

Como consecuencia de este progresivo conocimiento que Teresa va recibiendo de su diálogo de corazón a corazón con Cristo, «descubre» cómo se debe amar al prójimo. El tercer manuscrito de la santa, dice el P. Goberge, es un himno al amor, un canto a la caridad. En él nos enseña Teresa, que ante la imposibilidad de amar al prójimo como Dios nos ha amado, pidamos «a su Amado que El mismo ame a través de ella a aquéllos que me manda amar».

Conclusión

Aunque se haya querido destacar las etapas en la vida de Sta. Teresa, el autor insiste que ello no representa roturas en esta evolución sino progresos constantes en esta intimación con el Amor que no cesaron en toda su vida, pero que se le fueron dando a entender con el tiempo.

En la conclusión, el autor expone que no está capacitado para indicar si Teresa es un perfecto modelo de alma consagrada al Corazón de Cristo o si añade algo nuevo en comparación con Sta. Margarita María y la devoción practicada a finales del s. XIX, pero para él esto no tiene importancia. Lo importante es que ella nos enseña a ofrecernos a nosotros mismos al Corazón de Jesús y nos muestra un camino accesible para todos aquéllos que aceptan ser pequeños ante Dios. El amor de Teresa al Sagrado Corazón está bien centrado en El que no puede sino abrazar a la Iglesia. El ofrecimiento al Amor Misericordioso es al final un ofrecimiento al amor de la Iglesia llamando a todos sus hijos.

En Sta. Teresa de Lisieux la devoción al Sgdo. Corazón crece junto al corazón material de Jesús para desembocar en el Cristo místico mientras permanece centrado en su corazón físico inflamado de amor. Estas consideraciones ayudan a entender, dice el P. Goberge, porqué Pío XI nombró a Teresa patrona universal de la misiones.

Después de la aparición de este bello libro desearía que las consideraciones del autor ayudaran a la proclamación de Sta. Teresa de Lisieux como patrona universal del Apostolado de la Oración.

El siervo de Dios

P. Félix de la Virgen. Trinitario*

IGNACIO M.^a AZCOAGA

1. RESEÑA DE SU VIDA

Félix Monasterio Ateca nació en el caserío Altonaga, perteneciente a la villa de Rigoitia, diócesis de Vitoria, del Señorío de Vizcaya, el 2 de Mayo de 1902. El 28 de septiembre de 1915, es decir, a la edad de 13 años, ingresó en el convento de los trinitarios de Algorta, perteneciente, asimismo, al señorío de Vizcaya.

El noviciado lo hizo en el Monasterio de la Bien Aparecida, patrona de Cantabria, y el 5 de octubre de 1920 hizo profesión de sus votos con los siguientes novicios: Fr. Juan de la Santísima Trinidad, Fr. Julián de Sta. Inés, Fr. Félix de la Sagrada Familia y Fr. Santiago de Jesús, actuando como testigos: el P. Hermenegildo de la Asunción, el P. Sabino de la Natividad, el P. Rafael de San José, el P. Paulino de Santa Ana, maestro, y el P. Antonio de San Martín, secretario. De estos diez trinitarios, se dio la providencial circunstancia de que hubo tres mártires durante la guerra civil, entre 1936-1939 y uno muerto en olor de santidad, el P. Félix. Los mártires fueron: el P. Superior, P. Hermenegildo, el 27 de julio de 1936, asesinado juntamente con otros hermanos suyos apoyados en el paredón del cementerio de Alcázar de San Juan (Ciudad Real). El P. Félix de la Sagrada Familia, en la madrugada del 23 de septiembre de 1936, en Antequera (Málaga) y el 24 de septiembre del mismo año, juntamente con otros tres hermanos en religión en el cementerio de Cuenca, fue acibillado el maestro de estudiantes de Belmonte, el P. Santiago de Jesús.

En octubre de 1920 pasó a estudiar Filosofía al Colegio Mayor de Villanueva del Arzobispo (Jaén). Dos años más tarde, por orden de sus superiores, fue a Roma a estudiar teología y durante

el segundo año de teología, es decir, durante el curso 1923-1924 Fr. Félix fue recibiendo escalonadamente las sagradas órdenes, y así el 3 de febrero de 1924 recibió la tonsura, el 15 de marzo «oratorio y lector». Al año siguiente, el 7 de marzo, fue ordenado subdiácono y el 28 de marzo en la iglesia del Pontificio Seminario Romano Lateranense y con motivo del Año Santo tuvo lugar una solemne ceremonia de ordenaciones. El 17 de julio de 1925 terminó el tercer curso de teología y dos años más tarde, el 25 de abril, fue declarado Maestro en Córdoba. El 18 de abril de 1930 fue destinado a Sierra Morena al Real Santuario de Ntra. Sra. de la Cabeza y estando allí realizó el acto de ofrecimiento al Sagrado Corazón que posteriormente transcribiremos íntegramente.

Entre 1936 y 1940 tuvo varios cargos en la orden, siendo varias veces Definidor y Vicario provincial. En 1943 fue nombrado Maestro de novicios y en 1948 comenzó con diversas enfermedades hasta llegar a una situación crítica el 14 de abril de 1949 en la festividad de Jueves Santo, y como consecuencia de la cual fue internado en el sanatorio de Iturralde de Madrid el 22 de mayo de 1949 con una tuberculosis en estado muy avanzado. El 27 de junio de 1950, ya sin esperanzas de curación, se le envía a Algorta a esperar el desenlace final, el cual tendrá lugar el 17 de enero de 1951, con el rosario en las manos y después de haber llevado la enfermedad con gran resignación cristiana. Murió en olor de santidad, lo que motivó la iniciación del proceso para introducción de la causa de los santos.

2. DEVOCION A LA SANTISIMA TRINIDAD

«Una de las manifestaciones de esta piedad, o amor de Dios, la constituyó ya en esta época su profunda devoción a la Santísima Trinidad a la que desde niño veneró.» (op. cit. p.49)

Lo que queda también reflejado en un testimonio del propio P. Félix.

* Los datos sobre la persona del P. Félix los he extraído de la obra: «Siervo de Dios P. Félix de la Virgen, la otra alternativa» del P. Carlos M.^a Zabala, Trinitario, publicada por los P.P. trinitarios de Algorta (Vizcaya), obra cuya lectura recomiendo por su calidad espiritual, doctrinal y psicológica, en la que el P. Zabala ha sabido extraer y explicar lo más esencial de la vida religiosa con una gran fidelidad al sentir con la Iglesia.

«Cuando yo era niño rezaba el Santo Trisagio, yo que más me llamaba la atención era aquel señorío y dominio de Dios sobre los ejércitos ¿De qué ejército se trataría?» (op. cit. p.49)

«La imagen de la Santísima Trinidad que presidía el presbiterio de la iglesia conventual la sentía viva, presente y operante por la gracia en su alma, y simbolizada en el hábito que todos los días vestía para los actos de comunidad y que lo llevaba con devoción y orgullo.» (op. cit. p.49)

«No hay ni puede haber empresa más sublime ni que más ennoblezca que glorificar a la Santísima Trinidad, que es nuestro primer principio, nuestro último fin y nuestra suprema causa ejemplar. Conocer las perfecciones divinas, alabar y engrandecer por ellas a la Stma. Trinidad es lo más grande que podemos practicar en este mundo.» (op. cit. p.289)

3. ACTO DE OFRECIMIENTO AL SAGRADO CORAZON

A continuación transcribimos, sin comentario, el Acto de Ofrecimiento al Sagrado Corazón que efectuó el P. Félix en el Santuario de Ntra. Sra. de la Cabeza, el 15 de agosto de 1932, realizado, por así decirlo, dentro de la más estricta ortodoxia de la devoción al Corazón de Jesús y dentro del modo del Acto de Confianza del Beato Claudio de la Colombière.

«B.S.S.T.

¡Oh, Corazón Divino de Jesús! Vos sois mi Rey, Rey de bondad y de amor. Quiero ser tuyo y por completo y para siempre. Acepto gustoso ese pacto que deseas, tan dulce y honroso, de cuidar yo de Ti y Tú de mí, aunque temo que vas a salir perdiendo.

Aquí me tienes a mí y a todo lo mío; pues ya es tuyo; haz de ello como quieras, sin atender para nada a mi gusto y disgusto; que aunque me mates, en Ti esperaré y de Ti me fiaré. Mi alma con sus potencias y su libertad, para que sin reparo uses de ella; mi salvación eterna, mi grado de gloria en el cielo y de virtud en la tierra, mi progreso espiritual; no quiero en todo esto más que lo que Tú quisieres, pues ya mis intereses son tuyos.

Mi cuerpo, mi salud y vida; dame lo que a Ti te agrada y en la forma que sea de tu voluntad.

Mis obras buenas, hechas o por hacer, hasta mi postrer instante. De poco te servirán, pero

cuanto valgan, ahí las tienes. Como no son mías, ya no dispondré de ellas sino de las cosas de obligación o de obediencia, o si en otras en que la caridad, amistad o parentesco pidieren, será con la condición expresa de si fuere de tu agrado. Está también en esto incluido cuanto por mí ofrecieren en vida y después de muerte.

Mis asuntos, familia, oficio, empresas, amigos, obras de celo. Tú sabes mejor que yo lo que conviene para tu gloria y bien mío; haz como a Ti te agradare, aunque veas que me cuesta. En todo esto quiero hacer como si el éxito dependiera de mí sólo, pero luego el resultado lo dejaré a Ti sólo, convencido de que Tú, no mis pobres diligencias, serás quien lo ha de llevar a término.

Quiero, Dios mío, olvidarme por completo de mí mismo y de todo interés propio y fiarme en absoluto de Ti, descansando con paz segura y tranquila en tu dulce Providencia.

Propongo hacer todo cuanto pueda para no tener más ideal, ni en la tierra ni en el cielo, que tus intereses santos, trabajar porque reines en todos los corazones, sirviéndome para ello de todos los medios que estuvieren a mi mano, a saber:

ORACION, lo más continua que pueda, pi-diendo tu reinado en todas partes y a todas horas: en el coro, en la iglesia, en la celda, en los caminos, en los recreos, en la escuela, en las ocupaciones diarias...

SACRIFICIO PASIVO, de aceptación resignada, y aún alegre, porque reines, de cuantos sufrimientos vengan; de esas pequeñas mortificaciones que se ofrecen mil veces a diario, y de otras cosas más graves que la Providencia permita.

SACRIFICIO ACTIVO, con penitencias exteriores y vencimientos internos de mi carácter, genio, pasiones, malas inclinaciones; sobre todo, tomando con valentía la táctica de la mortificación continua a la ofensiva en las mil cosas pequeñas que a cada instante se ofrecen.

ACTOS DE VIRTUD, cumpliendo con esmero mis deberes todos; ejercitando otras virtudes: la caridad con el prójimo, la humildad, la obediencia, la mansedumbre, santi-ficándome todo lo que más pudiere, pero sin llamar la atención.

PROPAGANDA, libros, folletos, fomentan-

do cultos, consagraciones de familias, talleres, fábricas, ayuntamientos, etc... y la Comunión de los nueve primeros viernes; pero, sobre todo, buscando almas que de lleno se consagren y ayudándolas a que sigan consagradas.

Y como veo con pena que, además de no reinar en miles de almas, tu Corazón Divino es ultrajado, especialmente en el Stmo. Sacramento del Altar, propongo reparar con los medios posibles esas ofensas.

PROPONGO, por último:

—Primero: vida eucarística muy intensa.

—Segundo: leer y meditar mucho acerca de las cosas de esta devoción.

me—Tercero: renovar todos los días seriamente después del Santo Sacrificio de la Misa ésta mi consagración.

Mucho he determinado hacer, ¡oh, amantísimo Corazón de mi Jesús! Pero Tú has de ser quien hará el gasto, no yo, que nada, absolutamente nada puedo sin Ti. Y por eso, porque me has de auxiliar en todo tiempo con tu divina gracia, no dudo resolverme. Todo lo espero de Ti nada de mí.

Fiesta de la Asunción de Nuestra Señora, 15 de agosto de 1932. 7.º aniversario de la celebración de mi primera misa.

**Fray Félix de la Virgen»
(op. cit. pp. 180-181-182)**

A continuación, voy a transcribir un testimonio de una persona que hizo también el Acto de Ofrecimiento al Sgdo. Corazón, animado por el P. Félix:

«El Corazón de Jesús era otra de sus devociones predilectas. Me refirió cómo había hecho él el Acto de Ofrecimiento al Sgdo. Corazón de Jesús, animándome a que hiciera lo mismo, ya que las gracias que derramaba sobre las almas, que de veras se le entregaban, eran verdaderos tesoros. Con éstas o parecidas frases me alentó e hizo que escribiera yo misma el acto de Ofrecimiento para la festividad del Sgdo. Corazón del año 38. Tal fuerza persuasiva puso en sus palabras, que indicaba a las claras los abismos inagotables de mercedes que había descubierto él en esta devoción eficaz cuanto consoladora.» (op. cit. p. 183)

4. EUCARISTIA

«Verdaderamente este divino Sacramento es la obra maestra, el don supremo del Corazón de Jesús, del amor de Jesús para nosotros, y por lo mismo dignísimo de que se lo agradezcamos con todo nuestro corazón.» (op. cit. p.311)

«Nada más trasladarse a Algorta, se incorporó a la Adoración Nocturna. El 31 de diciembre de 1935 dijo a los Adoradores: Si los pastores se consideraron muy dichosos por haber adorado a Jesús en el portal de Belén, no somos nosotros menos dichosos al poderle adorar en este Sacramento de su amor. Especialmente vosotros, los que sois de oficio adoradores nocturnos... debéis consideraros por sumamente dichosos. Vosotros representáis en cierta manera al pueblo cristiano, el que os tiene encomendado que con vuestras fervientes adoraciones supláis las negligencias, descuidos e ingraticudes que se cometen diariamente contra Jesús en este Sacramento.» (op. cit. p.311-312)

5. DEVOCION A LA VIRGEN

Los testimonios aportados por el autor para mostrar la devoción del P. Félix de la Virgen a la Virgen son muy elocuentes.

«Era un loco por la Virgen.» (op. cit. p.50)

«No tengo valor para acostarme sin rezar el Santo Rosario.» (op. cit. p.50)

«Es necesario que estén advertidos los hermanos, que uno de los consuelos más grandes que tienen los religiosos de nuestra Sagrada Religión es el tener por Madre, Patrona y Abogada esta Señora...» (op. cit. p.71)

«Correspondiendo a los deseos del Papa Pío XII y a las exhortaciones de los superiores de la Orden, la comunidad de Algorta se aprestó a consagrarse al Corazón de María. Se acordó comunitariamente celebrar un triduo de preparación el cual dio comienzo el 14 de diciembre de 1943. Las pláticas fueron encomendadas al P. Félix de la Virgen.» (op. cit. p.339)

«Ningún medio hay más fácil ni más eficaz para dirigirnos a Dios por medio de María que la recitación devota de su santísimo rosario. En él meditemos lo más grandioso y sublime que Jesús y María han hecho y padecido por nosotros, y esta meditación tan sublime va acompañada de las más hermosas plegarias y alabanzas que tiene la Iglesia: Padre nuestro, avemaría y Gloria.» (op. cit. p.335)

6. DEVOCION A LOS SANTOS

El P. Félix de la Virgen fue uno de los privilegiados que asistió en Roma, en el año 1925, a la canonización de Santa Teresita del Niño Jesús, que tuvo lugar en aquel año Santo y proclamada por S. S. Pío XI.

«El P. Félix tuvo gran devoción a Santa Teresita del Niño Jesús... concibió mucho afecto a la santa y una prueba de ello es que el día de la fiesta de la santa del año que procedió a su muerte (1950), hizo voto de ir misionero, si recobraba la salud y los Superiores lo autorizaban.» (op. cit. p.368)

7. AMOR A LA IGLESIA Y AL PAPA

«En nuestra iglesia conventual de Córdoba, el segundo domingo de marzo de 1929, bajó el P. Félix del púlpito dejando en sus bóvedas el eco de una peroración: "¡Católicos cordobeses! ¿Tenéis amor a Jesucristo? Pues manifestarlo, cumpliendo con toda fidelidad lo que pide su vicario en la tierra".» (op. cit. p.445)

«El Papa es un faro luminoso que ha colocado Dios en medio de las tinieblas de este mundo, para que guiados por su claridad vayamos al cielo, sin a la derecha ni a la izquierda. Debemos adherirnos cada vez más a las enseñanzas del Romano Pontífice; debemos leer con avidez sus encíclicas y poner en ejecución sus mandatos y aún sus consejos y exhortaciones entendiendo que cuanto os manda y habla el Romano Pontífice, el mismo Cristo nos lo manda y habla, como bien claramente lo dio a entender el mismo Cristo «El que oye al Vicario de Cristo, oye a Cristo; el que desprecia al Vicario de Cristo, desprecia al mismo Jesucristo.» (op. cit. p.445)

«Habla con mucha devoción y entusiasmo de todo lo que se refería a la Iglesia. Recibía con

gozo la publicación de los documentos pontificios y los comentaba en sus conversaciones.» (op. cit. p. 445)

8. FORMACION TEOLOGICA Y LECTURAS ESPIRITUALES

«Durante los estudios de Teología (1922-1926) mostró mucha predilección por las introducciones de las obras teológicas del P. Billot, cobró durante este tiempo mucho afecto a la teología de San Pablo, no abandonándole en el resto de su vida, como lo demuestra el hecho de que muchos años, durante las vacaciones de navidad solía entregarse con verdadera avidez a la lectura de los comentarios del P. Cornely a las Epístolas de San Pablo; demostró también mucha afición a la Suma de Santo Tomás, leyendo diariamente un artículo, durante muchos años. En este tiempo se aficionó también mucho a la lectura del Kempis. Saqué la impresión de que el siervo de Dios tenía el don de la «sabiduría» para la Teología; no sólo la estudiaba, sino que la saboreaba.

Los autores espirituales cuyas obras manejó con preferencia durante los años de Teología fueron, además de los citados, el P. Granada, San Luis M.^a Grignon de Monfort, San Francisco de Sales, Santa Teresa de Jesús y el P. Rodríguez.» (op. cit. p.99-100)

«Solamente había un tema que para el joven teólogo debía ser de los prohibidos, además del de la política, era el del modernismo. Recuerdo que cuando en su presencia se hablaba de este tema, se sentía enardecido.» (op. cit. p.120)

«No se apartó durante su vida ni un ápice de la doctrina sobre la revelación, los misterios, la fe... definidos por los Concilios Tridentinos y Vaticano I, y explicados por la teología tradicional.» (op. cit. p.248)

CRISTIANDAD

LAURIA, 19, 2.º, 1.ª
TELEFONO 317 47 33
BARCELONA - 10

Suscripción anual para España	1.500 pesetas
Suscripción extranjero	15 dólares
Precio del número suelto	300 pesetas